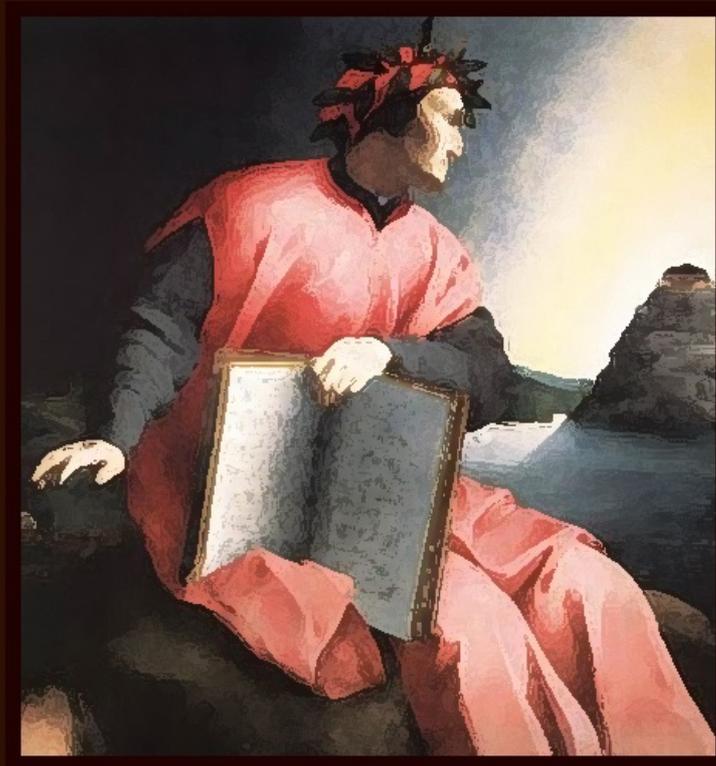


# La Tebaida



Publio Papinio Estacio

**Publio Papinio Estacio**

**La Tebaida**

**[bajalibros.com](http://bajalibros.com)**

**Bajalibros.com**

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-720-8

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

## Libro I

### Argumento

Edipo, rey de Tebas, habiéndose sacado los ojos y retirado a vivir en una cueva del monte Citerón, en pena de haber muerto a su padre Layo, sin conocerle, y casándose con su madre, llamada Yocasta, de quien tuvo dos hijos, Eteocles y Polinices, sintiéndose el rey despreciado de ellos y excluido del reino, invoca a Tesífone, furia del infierno, contra ellos, y maldícelos como a generación incestuosa. La furia siembra discordia entre los dos hermanos, y acuerdan de reinar por suertes cada uno un año. Cupo la primera a Eteocles, y sale Polinices desterrado de Tebas. Júpiter junta concilio de dioses, y determinando destruir a Tebas y a Argos, manda a Mercurio que baje al infierno por el alma de Layo, padre de Edipo, para que incite a Eteocles que, pasado el año, no permita que le suceda Polinices en la vez de reinar, al cual en este tiempo, que discurría por la Beocia, sobrevino de noche una tempestad, y compelido de la misma fortuna Tideo, príncipe de Calidonia, aportan juntos al alcázar de Larisa, corte de Adrasto, rey de los argivos; y recogidos en los zaguanes de su palacio, riñen los dos sobre la posada. Al rumor baja Adrasto y los pone en paz. Juzgándoles por personas nobles, los aposenta. Lleva Polinices vestido el despojo del león nemeo, y Tideo el del jabalí de Calidonia. Repara Adrasto en ello, y certíficase de un oráculo antiguo de Apolo, que le dijo que dos hijas suyas casarían una con un león y otra con un jabalí. Hácelas venir a un convite que hizo a los forasteros, y en la mesa cuenta la causa de un sacrificio que este día se celebraba en Argos al dios Apolo.

Las armas, el furor de dos hermanos  
en pertinaz discordia divididos,  
contra ley natural odios profanos,  
reinos a veces entre dos regidos,  
delitos sin disculpa, de tebanos,  
por injuria del tiempo no sabidos,  
para que al mundo su memoria espante,  
me incita Apolo que renueve y cante.

¿Por dónde, oh musas, del Parnaso gloria,  
mandáis que dé principio al triste cuento?  
Cantaré en el principio de mi historia  
de esta gente feroz el nacimiento,  
traeré el robo de Europa a la memoria,  
la ley inviolable y mandamiento  
de Agenor, y forzado del destino  
a Cadmo, navegante peregrino.

Largo fuera el discurso si dijera,  
tomando tan de lejos la corriente,  
de aqueste Labrador la sementera  
que tuvo por cosecha armada gente,  
cuando, no sin temor de que naciera  
el fruto semejante a la simiente,  
dientes sembró en los surcos de esta tierra,  
que guerra nace donde siembran guerra.

Ni es bien ahora que despacio cante  
con cual pudo Anfión dulce armonía  
cercar de muros la ciudad triunfante  
si tirios montes a su voz traía,  
ni el triste fin de Sémele ignorante,  
obra de Juno, que celosa ardía,  
ni por cuál ocasión, con rigor grave,  
al propio hijo dio la muerte Agave.

Ni diré contra quién, con desatino,  
arco flechó Atamante desdichado,  
ni cómo, por huir sus furias, Ino

las olas no temió del mar hinchado  
y en los brazos del Jonio cristalino  
fiada más que del marido airado,  
se arrojó con su hijo, do Neptuno  
dio nueva vida y nombre a cada uno.

Por tanto, pues, de Cadmo dejar quiero  
la contraria fortuna o suerte buena,  
el mal presagio o el feliz agüero,  
la causa de su llanto y de su pena;  
que si otra lira le cantó primero,  
la morada de Edipo, siempre llena  
de confusos gemidos y de llanto,  
han de ser el principio de mi canto.

[Dedicatoria de Estacio al emperador Domiciano, 7-11]

Puesto que yo cantar no he merecido  
triunfante a Italia tremolar banderas,  
dos veces al flamenco, y dos vencido  
al que del Istro ocupa las riberas,  
ni al godo rebelado, compelido  
dejar al monte, habitación de fieras,  
ni cuando tiernos años, raro ejemplo  
defendieron de Júpiter el templo.

Y tú, gloria de Italia, que a su fama  
nuevo esplendor y nueva luz aumentas,  
y al valor de tu padre, que te llama,  
no menos digno hijo te presentas;  
de ti, que de su stirpe clara rama,  
en las hazañas imitarle intentas,  
imperio eterno Roma se desea  
y que un monarca solo en ti posea.

Y aunque, señor, te ofrezcan las estrellas  
lugar entre los rayos que despiden,  
y porque quepa tu grandeza entre ellas  
la suya estrechen si a la tuya impiden,  
y aunque por digno de sus luces bellas  
con la región los cielos te conviden  
de lluvias libre, y donde, por sublime,  
ni el rayo abrasador ni Bóreas gime;

y aunque Apolo su clara luz serena  
te comunique al fin tan igualmente,  
que los rayos que adornan su melena  
imprima por diadema de tu frente,  
y aunque de los caballos que él enfrena  
te entregue el freno en su carrera ardiente,  
y aunque te dé que tengas en gobierno  
su medio cielo Júpiter eterno;

contento goza el cetro merecido,  
poderoso señor de mar y tierra,  
y al cielo vuelve el don que te ha ofrecido,  
que no en aqueste honor tu honor se encierra:  
y tiempo habrá que yo, más instruido,  
cantando hazañas en ajena guerra,  
las tuyas cante en laureada trompa,  
que con fuerza mayor los aires rompa.]

ahora, pues, mi mal templada lira

armas de Tebas bastará que cante,  
cetro de dos tiranos, cuya ira  
no halló en la muerte límite bastante.  
llama que juntos abrasar no aspira,  
reyes muertos en odio semejante;  
vivos sin reino, y sin sepulcros muertos,  
pueblos de gente viudos y desiertos.

Digo en aquel infausto y triste día  
cuando con griega sangre sus raudales  
tiñeron, Dirce bella, que solía  
adornar sus corrientes de cristales,  
y el claro y manso Ismeno, que corría  
mojando apenas secos arenales,  
que a Tetis admiró, cuando a su seno  
llegó de tanto estrago y muertes lleno.

Musa, con cuyo aliento los afanes  
renovar de la antigua Tebas quiero,  
decidme a quién de tantos capitanes  
daré en mis versos el honor primero.  
¿Al destemplado en iras y ademanes  
Tideo, ilustre, si soberbio y fiero,  
o al sacerdote que en la injusta guerra  
armado, vivo le tragó la tierra?

De Hipomedón me llama el gran trofeo,  
contra el rigor de un río opuesto en vano,  
y del de Arcadia el pertinaz deseo,  
que su muerte obligó a llorar temprano,  
y el soberbio furor de Capaneo,  
despreciador de Jove soberano,  
sujeto digno de inmortal memoria  
y de cantarse en más heroica historia.

Ya el lecho incestuoso había dejado  
de Layo el sucesor, y a noche oscura  
él mismo había sus ojos condenado,  
quitando con sus manos su luz pura;  
y dando nombre de infernal pecado  
a lo que fue ignorancia y desventura,  
en parte oscura y lóbrega vivía  
con larga muerte, aborreciendo el día.

Allí donde esconder piensa su afrenta  
y llorar, aun sin ojos, sus delitos,  
el triste día se le representa  
principio de sus males infinitos;  
y allí con viva muerte se atormenta,  
porque siempre en el alma dando gritos  
le está, hecha verdugo, la conciencia.  
¡Duro castigo, extraña penitencia!

Y viendo que con ánimo insolente  
triunfan sus hijos de su pena y llanto,  
con la rabia y dolor que el alma siente,  
venganza pide al reino del espanto;  
y al fin, hiriendo la arrugada frente,  
Sus ojos enseñando al cielo santo  
(castigo de su error), de luz vacíos,  
así dijo, haciéndolos dos ríos:

«Escuchad, negra Estige y Flegeto

y vosotras, deidades infernales,  
que gobernáis el reino de Caronte,  
angosto reino para tantos males;  
tú, mi siempre invocada Tesifonte,  
para alivio en mis penas inmortales  
tu auxilio en mi cruel intento pido,  
si algún bien de tu mano he merecido.

»Tú, que cuando nací, mi cuerpo tierno  
de la tierra en tu gremio recibiste,  
y después el amparo y el gobierno  
de mi desamparada vida fuiste;  
tú, que con aguas de tu lago Averno  
no esperada salud y fuerza diste  
a mis heridas plantas traspasadas,  
porque seguir pudiera tus pisadas;

»tú, que de Cirra en la corriente fría  
para buscar mi padre diste aliento,  
con Polibo pudiendo, a quien tenía  
por padre (aunque fingido), estar contento;  
y en Fócida llevándote por guía,  
la vida con injusto atrevimiento  
quité a mi viejo padre deseado,  
con daño suyo, por mi mal hallado.

»Si el enigma intrincado y los rodeos  
vencí por ti de Esfinge, y satisfecho  
con nobles, aunque infames himeneos,  
alegres furias escondí en mi pecho;  
si hijos te engendré que son trofeos  
de tu maldad, y si el infausto lecho  
de mi madre ocupé mil noches frías,  
con triste error gozando alegres días;

»Después, por castigar mi vida errada,  
si con mi mano, un tiempo tan temida,  
entre las de mi madre desdichada  
dejé mis ojos, luz aborrecida,  
oye mis ruegos. pues sin ser rogada,  
tan conforme a tu gusto y a mi vida  
es lo que pido, si aunque no me oyeras,  
por ser venganza, tú la concedieras.

»Aquellos que engendraron mis pecados,  
que no me excusa la ignorancia en esto,  
hijos propios al fin, pero engendrados  
en lecho infame de nefando incesto,  
viendo mis ojos de la luz privados,  
y a mí del reino, que ocuparon presto,  
en tanta pena; ¡ay triste! y dolor tanto.  
alegres triunfan de mi amargo llanto,

»no los puede ablandar mi desventura:  
antes, menospreciando mis gemidos,  
tratan ya de mi muerte y sepultura,  
soberbios más que nunca y atrevidos.  
De mis hijos también ¡ay suerte dura!  
mis años han de ser aborrecidos;  
Y ¿no hay castigo para tanta ofensa?  
¡Oh flojedad de Júpiter inmensa!

»De ti, furia, de ti justicia espero,

si no la hay en los dioses soberanos:  
mueve el infierno en mi venganza fiera  
contra estos insolentes dos hermanos;  
y la corona que manché primero  
con sangre de mi padre, tú en tus manos  
recibe, y con veneno del infierno  
pon en ella discordia y odio eterno.

»Vea yo ¡oh reina del tartáreo seno!  
la ejecución que mi deseo encierra:  
siembra en ellos furor de ambición lleno,  
que de armas hincha la heredada tierra:  
ni has menester gastar mucho veneno,  
que en la facilidad con que esta guerra  
aceptarán, verás en pocos días  
cuán tuyos son: que al fin son prendas mías.»

Dijo y la voz horrenda y lastimera  
llegó al infierno apenas, cuando oídos  
con grande agrado de la Diosa fiera  
fueron del ciego Edipo los gemidos.  
estaba de Cocito en la ribera,  
los cabellos, serpientes esparcidos,  
dejándolos beber a su albedrío  
ardientes aguas del funesto río.

Al punto mueve la ligera planta,  
que no la vista tan veloz se aleja.  
ni ardiente exhalación con fuerza tanta  
de polo a polo deslizar te deja,  
ni el rayo con que Júpiter espanta,  
de quien las altas torres tienen queja,  
cuando dorado chapitel injuria,  
baja con tanta ligereza y furia.

Y al salir de los campos infernales,  
aquel sin vida vulgo miserable  
huye y le da lugar; que nuevos males  
aun teme en su tormento perdurable.  
Ya ocupa de Tenaria los umbrales,  
y fácil el portero inexorable,  
aunque a nadie al salir abre la puerta,  
franca a la furia la ofreció y abierta.

Apenas puso en la región del día  
las plantas, cuando el mundo alborotado,  
al sol, que entonces claro amanecía,  
vido en un punto de su luz privado;  
la negra noche, que del sol huía,  
habiendo vuelto atrás con pecho osado,  
llena de admiración, aunque contenta,  
mirando estuvo al sol con cara exenta.

De sus hombros la máquina pesada  
ya casi estuvo por dejar Atlante, :  
que a tanto miedo la cerviz cansada,  
y a tanto peso apenas fue bastante;  
siguiendo, pues, la senda más usada  
de Tebas la infernal furia arrogante,  
atrás se deja el valle de Malea,  
que en larga punta sobre el mar campea.

Ni otro camino con mejor aliento

que éste de Tebas, de ella apetecido.  
atravesara con mayor contento;  
porque un retrato de su infierno ha sido.  
cerastas mil que eriza por el viento,  
le hacen sombra al rostro denegrado,  
y de los ojos arrojar parece  
fuego, que más las sombras le obscurece.

Tal suele entre las nubes vez alguna,  
con la fuerza de mágico veneno  
mostrar su rostro la encantada luna,  
de negras sombras y de manchas lleno,  
y por la boca de infernal laguna  
encendido vapor lanza del seno,  
que engendra en los que toca de una suerte,  
sed, rabia, hambre, enfermedades, muerte.

Todo es veneno desde el pie a la frente  
cuanto la triste tez fogosa encubre,  
ni es del talle el vestido diferente,  
que hórrido y negro sus espaldas cubre.  
al pecho se le añuda una serpiente,  
que parte esconde y parte de él descubre,  
con que siempre Prosérpina la adorna  
cuando al infierno victoriosa torna.

Viva culebra en una mano esgrime,  
que azota el viento, y con esa otra mano  
rayo fúnebre arroja, con que oprime  
la tierra, que su injuria llora en vano.  
De esta suerte la cumbre más sublime,  
por donde más al cielo soberano  
el Citerón soberbio se avvicina,  
alegre ocupa, y toca su bocina.

Triste señal de su venida al suelo  
con fieros silbos las culebras dieron,  
y cual si rayos enviara el cielo,  
llenas las fieras de temor, huyeron;  
las aves, olvidadas de su vuelo,  
atónitas de espanto se cayeron,  
y oyóse, al son con que amenaza guerra,  
turbarse el mar y retumbar la tierra.

Viose el reino de Pélope alterado,  
creció Eurota, Parnaso alborotóse,  
con ser centro del mundo, y al un lado  
Heta, de dos collados, trastornóse,  
y el Istmo, de dos mares azotado,  
de suerte al fiero son estremecióse,  
que si menos pudiera reportarse,  
llegaran ambos mares a juntarse.

Las nereidas, turbadas y huyendo,  
miden ligeras la menuda arena.  
Cayó Palemón al terrible estruendo  
desde un delfín que navegando enfrena;  
la madre al punto, su peligro viendo,  
de gran temor y sobresaltos llena,  
abrazada con él entre las ondas  
se fue a esconder en las cavernas hondas.

Apenas puso en el umbral la planta

del palacio de Cadmo, cuando luego  
de los Penates la presencia santa  
inficionó el vapor de infernal fuego  
engendra en los hermanos ira tanta  
el nuevo movimiento y furor ciego,  
que cada cual en el soberbio pecho  
fabrica en daño ajeno su provecho.

Siembra la envidia triste su veneno,  
nace el torpe temor, que el odio cría,  
rompe el deseo de mandar el freno  
con que el fraterno amor la paz regía;  
de impaciente ambición cada cual lleno,  
no admite ya en el reino compañía;  
salió al fin la discordia a la batalla,  
que donde reinan dos siempre se halla

Cual suelen dos novillos escogidos  
del cauto labrador para el arado,  
que rasgando la tierra, al yugo unidos,  
si aun no bien las cervices han domado,  
difícilmente del gañán regidos,  
discordes cada cual hacia su lado  
tirar del peso con rebelde pecho  
y confundir los surcos que habían hecho;

no de otra suerte la discordia lleva  
a despeñar los míseros hermanos:  
condena el uno lo que el otro aprueba,  
causando mil motines inhumanos:  
resolviéronse al fin con traza nueva,  
por no venir a ensangrentar las manos,  
que uno solo reinase, y que el gobierno  
cada año se mudase y fuese alterno.

Que en tanto que uno reina el otro viva  
en destierro, de Tebas apartado;  
y en cumpliéndose el año, que reciba  
el cetro, y salga el otro desterrado.  
¡Oh dura condición, fortuna esquiva,  
con qué pensión el reino les has dado!  
¡Que venga un rey a gobernar por tasa,  
contando el año, qué ligero pasa!

Esta fue su piedad, su amistad ésta,  
falsa, pues que durar aun no podía  
hasta el segundo rey; tregua molesta,  
que con nombre de paz discordias cría;  
y aun no el oro, que tantas vidas cuesta,  
soberbios techos adornar solía  
ni salas de brocado entapizadas  
en bello jaspe estaban sustentadas.

Aún no había de marfil soberbio lecho  
en el palacio, aunque real, pequeño,  
donde adornaba al mal pulido techo  
humilde y sin primor desnudo leño;  
y aún no el temor entonces había hecho  
que estuviese a su rey guardando el sueño,  
seguro de asechanzas de traidores,  
escuadrón de vasallos veladores.

De nadie adulterados habían sido

los frutos de la tierra, aún no cansada  
ni aún entonces el gusto había sabido  
guisar engaños con industria osada;  
no el metal más precioso, derretido  
servido en los manjares, no adornada  
la mesa con vajilla de oro fino,  
ni rica perla deshacerse en vino.

Un dominio desnudo, un pobre estado,  
un reino humilde, en infinitos males  
la paz de dos hermanos ha trocado,  
y la amistad en odios inmortales  
parece que a la tierra han trasladado  
su morada las furias infernales.  
mientras la suerte, en quien el pleito para,  
con destierro del uno al otro ampara.

La traición y mentira florecieron  
no quedó sin usarse algún engaño;  
con la vergüenza y la razón murieron  
La justicia y verdad con igual daño.  
¿Qué pretensiones poderosas fueron  
para engendrar con odio tan extraño  
el furor que a la muerte un reino entrega?  
¡Oh hermanos miserables! ¿quién os ciega?

¿Qué mayor ira con delito tanto  
vuestros pechos indómitos moviera,  
si cuanto cubre el estrellado manto  
vuestro ciego furor os prometiera,  
si con las armas pretendierais cuánto  
ve el sol desde que empieza su carrera  
hasta que llega a descansar adonde  
Tetis lo abraza y su carroza esconde?

Y ¿qué, si conquistara esa fiereza  
desde el suelo del sol más abrasado  
hasta donde el Bóreas la aspereza  
con soplo eterno aflige al Escita helado?  
¿Qué, si de Troya y Grecia la riqueza  
se hubiera para el uno amontonado,  
y tanto imperio a la fortuna avara  
con la muerte del otro se comprara?

Un infame lugar, ciudad maldita,  
con infelice agüero fabricada  
cuando ciego furor, ira infinita  
al fiero Cadmo señaló morada,  
¿para tantas maldades os incita,  
que la silla de Edipo desdichada  
por fuerza ha de manchar sangre de hermanos?  
¡Oh, maldad de los hados inhumanos!

Y Polinice, a quien la desventura  
el imperio negó, su Tebas deja,  
y de haber puesto en suerte su ventura  
en vano y tarde se arrepiente y queja;  
mas tú, soberbio, que con alma dura  
miras tu hermano, que de ti se aleja  
¡Con qué nueva arrogancia y alegría  
la silla ocupas, de émulo vacía!

Ya nadie ves igual, todos menores

son cuantos acompañan tu persona;  
tuyo es todo el gobierno y sus favores,  
sola tu frente ciñe real corona;  
mas ya comienza a haber nuevos rumores;  
que el vulgo, que a sus reyes no perdona  
si una vez pierde el miedo y la vergüenza  
del nuevo rey a murmurar comienza.

Ya el año es largo y ya el imperio es duro,  
y el insolente pueblo lo aborrece  
más noble, más piadoso y más seguro  
y amado el venidero rey parece;  
y alguno, adivinando lo futuro  
cuya mala intención siempre le ofrece  
decir del que más vale alguna mengua,  
así soltó la venenosa lengua:

«Con sentencia tan áspera los hados  
vuelven de nuevo a perseguir a Tebas,  
con tan varios temores y cuidados  
hacen de nuevo en su paciencia pruebas;  
siempre hemos de servir a desterrados,  
sujetas siempre a voluntades nuevas  
nuestras cervices, con temor eterno  
las tiene de oprimir un yugo alterno.

»¿Tal novedad te agrada y tal violencia,  
oh, gran Rector del cielo cristalino?  
mas ¡ay! que ésta sin duda fue la herencia  
que de su agüero antiguo a Tebas vino  
desde que, obedeciendo la sentencia  
del fiero padre, el tirio peregrino  
el mar Carpacio navegó, buscando  
del toro celestial el peso blando

»Halló reino, y sembró de la serpiente  
los dientes llenos de fraterna guerra,  
pues un fiero escuadrón de armada gente  
produjo luego la preñada tierra,  
y hoy de aquel triste agüero Tebas siente  
el triste efecto que su paz destierra,  
y hasta hoy los nietos heredaron  
el furor con que tantos acabaron.

»Este a quien hoy la suerte favorece,  
después que igual ninguno ve delante,  
¿No veis con qué rigor se ensoberbece?  
¿Que intratable se ha hecho y qué arrogante?  
¿Con qué gravedad mira, que parece  
que amenazando está con el semblante?  
¿Con cuánta majestad, acaso injusto,  
hace y deshace leyes a su gusto?

»¿Es posible que al fin del año espera  
al nuevo sucesor este tirano?  
¿Es posible que el cetro dejar quiera  
que ahora ocupa su soberbia mano?  
Pluguiera al cielo de su hermano fuera,  
que era, al fin, más piadoso y más humano,  
y de aplacar más fácil si enojado;  
mas ¿qué mucho? Reinaba acompañado.

»Nosotros, pueblo vil, vulgo oprimido,

siempre hemos de vivir avasallados;  
siempre de uno soberbio y atrevido  
sujetos, de otro siempre amenazados,  
cual leño de des vientos combatido,  
que soberbios, contrarios y obstinados,  
le hacen embestir con igual pena,  
ya en los peñascos altos, ya en la arena.»

Júpiter en su alcázar entretanto  
concilio de los dioses ha juntado,  
senado insigne, venerable y santo,  
de mil varias deidades ilustrado.  
Los que del cielo el estrellado manto  
adornan, los primeros han llegado,  
luego con su colegio soberano  
el gran rector del húmedo Oceano.

Cuál desampara el monte y cuál la fuente;  
nadie, aunque muy remoto, se detiene,  
ni el que vive en los reinos del Oriente,  
ni el que al Ocaso su morada tiene;  
tan presto allega el de la Libia ardiente  
como el que de la helada Escitia viene.  
Tantos fueron al fin, que el viejo Atlante  
a tanto peso apenas fue bastante.

Júpiter ocupó su rico estrado,  
y estando un poco los demás atentos,  
licencia que se asienten les ha dado;  
porque antes no ocuparan sus asientos.  
Los sátiros y faunos se han sentado,  
callan de miedo al derredor los vientos,  
y al fin los ríos a sentarse vienen,  
que con las nubes parentesco tienen.

La rica sala de oro se estremece,  
de tanta majestad y dioses llena,  
y en columnas y techo resplandece  
secreta luz, más pura y más serena;  
calla asombrado el mundo y enmudece,  
ningún rumor entre los dioses suena;  
y viendo el orbe todo tan atento,  
así propone Júpiter su intento.

Graves son y desnudas de clemencia  
las palabras que dice al gran Senado,  
y por ejecutor de su sentencia  
tras de ellas sale inexorable el hado.  
«De los mortales, dice, la insolencia  
es tal, que habiendo en vano procurado  
domar mil veces sus rebeldes cuellos,  
sólo os junte para quejarme de ellos.

»¿Hasta cuándo su pena merecida  
tiene de alborotar mi santo pecho?  
nunca para enmendar su infame vida  
tienen de ser mis rayos de provecho;  
ya a Vulcano, que es cosa nunca oída,  
falta el fuego, de tantos como ha hecho;  
y de lo que han sudado y padecido  
cansados los cíclopes, se han rendido.

»Por esto tuve tanto sufrimiento

cuando el carro del Sol Faetón regía,  
aunque vi por su loco atrevimiento  
que en cenizas el mundo se volvía;  
mas ni el rayo ni el húmedo elemento  
con que cubrió los montes otro día  
el gran Neptuno, mi segundo hermano,  
nada enmendaron al linaje humano.

»Castigar a dos casas determino,  
aunque de mi descienden (no lo niego):  
Argos y Tebas son, que ya el destino  
irrevocable está soplando el fuego.  
¿Quién no sabe de Cadmo peregrino  
la muerte y de su casa el furor ciego,  
contra quien tantas veces el infierno  
ha hecho guerra con rigor eterno?

»Los infames placeres y locuras  
de las tebanas madres ¿quién ignora?  
Culpas de más de un dios y travesuras  
que yo por su respeto callo ahora;  
Dejo otras tan enormes desventuras,  
que muchas veces se corrió el Aurora  
de verlas; y son tantas que en un día,  
si quisiese contarlas, no podría.

»¿Qué pena, qué castigo habrá que cuadre  
a éste, de los hombres monstruo fiero,  
temerario homicida de su padre,  
aunque de su corona el heredero?  
pues con infame incesto de su madre  
el lecho profanó, y donde primero  
la vida que aborrece ha recibido,  
hijos de sus maldades ha tenido.

»Mas ya paga a los dioses su pecado,  
pues no goza la luz de nuestro cielo;  
que él mismo, a noche eterna condenado,  
sus tristes ojos arrojó en el suelo,  
y luego (¡extraño ejemplo!) que aumentado  
del afligido padre el desconsuelo,  
sus hijos atrevidos los pisaron  
y el cetro infame alegres heredaron.

»Mas, presto ¡oh viejo mísero! cumplido  
has de ver tu deseo y tu esperanza,  
presto verás tu reino destruido;  
que no puede en el hado haber mudanza  
ya, ya tu noche oscura ha merecido  
que Júpiter procure tu venganza:  
yo mismo arrancaré, con nueva guerra,  
tu maldito linaje de la tierra.

»Adrasto y uno y otro casamiento,  
hechos con infelice y triste agüero,  
el principio serán y el instrumento  
que para aquesta guerra elegir quiero  
que aun no olvido el maldito atrevimiento  
de Tántalo, y su mesa; y así, espero  
con esta nueva pena merecida  
castigar esta gente aborrecida.

Así dijo el gran Padre omnipotente,

y del peligro de Argos lastimada  
Juno, que en su inflamado pecho siente  
nuevo dolor y pena no esperada.  
«¿Cuál hado, respondió, cuál dios consiente,  
oh Júpiter justísimo, que armada  
en las batallas entre mi persona,  
el oficio usurpándole a Belona?

»Ya sabes cuánto debo al pueblo argivo,  
cuánto en fuego inmortal humo seabo,  
cuántas honras y fiestas de él recibo,  
cuánta sangre en mis aras siempre veo;  
y así contra el rigor del hado esquivo,  
porque temo su mal, su bien deseo,  
lo debo socorrer, cual siempre he hecho,  
con armas, con valor y osado pecho.

»Aunque por ti a la guarda vigilante  
de mi enemiga en vaca convertida,  
tu cauto ejecutor, nieto de Atlante,  
cerró los ojos y quitó la vida;  
y aunque entres hecho lluvia rutilante  
adonde en vano Dánae fue escondida,  
mis agravios perdono, aunque celosa;  
que entraste al fin en forma mentirosa.

»Mas, que ofenderme quieras revelando  
tu gran poder y majestad inmensa,  
cercado de mis rayos y tronando,  
no hay para tanto agravio recompensa.  
Siempre de Tebas me estaré quejando,  
donde aun duran señales de mi ofensa;  
Tebas lo pague, a Tebas aborrezco,  
y el daño que le ordenas te agradezco.

»Mas ¿por qué el instrumento de su llanto  
Argos tiene de ser a costa mía?  
Si en tan poco me tienes y si tanto  
aborreces mis cosas cada día;  
si en el que siempre fue tálamo santo  
nuevos enojos la discordia cría:  
si al fin te pueden alegrar mis penas,  
asola a Esparta, a Samos y Micenas.

»No quede en todo el mundo pueblo mío  
que altares me levante y templos haga,  
donde con sangre y con incienso pío  
al honor de tu esposa satisfaga.  
Mejor merece aquestas honras Io,  
pues nunca el fuego de su altar se apaga,  
y del Nilo lloroso en la corriente  
siempre su nombre resonar se siente.

»Si porque te ofendieron sus pasados  
han de pagar las gentes su insolencia,  
y de antiguos delitos ya olvidados  
quieres tomar al mundo residencia,  
¿cuándo (si son aquestos tus cuidados)  
se ha de acabar tan larga penitencia,  
pues no habrá pueblo que inocente sea  
en cuanto abraza el mar y el sol rodea?

»Si la inocencia, pues, a nadie excusa,

a ejecutar comienza tu deseo  
desde donde siguiendo a su Aretusa  
ligero corre el peregrino Alfeo;  
allí verás tu Arcadia, a quien acusa  
la memoria de algún delito feo;  
y ¿no te da vergüenza ni reparas  
que en infame lugar te hagan aras?

»Allí el pisano rey, digno por cierto  
de vivir entre fieros animales,  
o del bárbaro Heta en el desierto,  
o del Libia en los secos arenales,  
tanto rival dejó en el campo muerto  
que aún duran de su estrago las señales;  
y ¿entre huesos de tantos no enterrados  
te agrada ver tus templos levantados?

»A Creta mentirosa y atrevida  
¿cómo no das la pena que merece  
pues ha hecho mortal tu inmortal vida,  
y con tu sepultura se ennoblece.  
¿Como te agradan los curetes de Ida,  
si el mundo sus maldades aborrece?  
Argos sola peca; ¡qué desventura!  
su triste fin y mi dolor procura.

»Otros reinos malditos y otras gentes  
dignas de tu rigor tiene la tierra;  
lleven allá esos yernos insolentes  
el estrago y furor de tanta guerra;  
no paguen mis argivos inocentes.  
Mira el dolor que aqieste pecho encierra,  
o mira al menos que de ti descienden,  
que son tuyos también y no te ofenden.»

Esto con libertad responde Juno;  
ya ruega humilde y ya arrogante y fiera  
dice otras mil injurias que ninguno  
para decirlas libertad tuviera.  
Júpiter, que al hablar tan importuno  
estuvo cual si dura roca fuera,  
con menos gravedad y más airado  
esta áspera respuesta a Juno ha dado:

»Siempre de tu soberbia he presumido  
que sola osaras oponerte a cuánto  
tiene de Argos el hado establecido  
con justísima causa y celo santo:  
y sé que (si les fuera permitido)  
Baco y Venus hicieran otro tanto  
por Tebas; pero callan, que en efeto  
reverencia me tienen y respeto.

»Y porque de los dioses inmortales  
ninguno como tú con pecho osado  
procurando el remedio a tantos males,  
ose contradecir lo que he hablado,  
yo juro por las aguas infernales  
que ha de cumplirse lo que ordena el hado,  
y que sólo el furor de dos hermanos  
ha de asolar argivos y tebanos.

»Por tanto, alado mensajero mío,

diligente ministro de mi intento,  
vuela con tanta ligereza y brío,  
que atrás se quede, aunque te lleva, el viento.  
Baja al profundo infierno, y a tu tío,  
rector de los lugares del tormento,  
dile que al viejo Layo dé licencia  
para que haga del infierno ausencia.

»Está ahora de Lete a la ribera,  
que después de su muerte miserable  
pasar allende, por su ley severa,  
le prohíbe el Erebo irrevocable.  
Vuelva a Tebas de nuevo, a quién espera  
con tanto estrago el hado inexorable;  
y porque lo ordenado tenga efecto,  
aquesto diga al arrogante nieto:

»Que a Polinice, ahora desterrado,  
no consienta jamás que a Tebas llegue,  
aunque pida, en su suegro confiado,  
que el cetro al fin del año se le entregue;  
y pues el reinar solo ha deseado,  
de su reino el alterno honor le niegue.  
este principio a tanto mal pretendo,  
por su orden lo demás se irá siguiendo.»

Obedeció al gran Padre soberano  
Mercurio, y a sus plantas luego añade  
ligerísimas alas, con que ufano  
deja los cielos y los vientos mide;  
la vara lleva en su derecha mano,  
con que sueño provoca y sueño impide,  
y por quién el infierno le permite  
que los muertos que quiere resucite.

El sombrero se pone, que deshace  
las tempestades y serena el viento,  
adorno usado cuando ausencias hace  
de su estrellado y cristalino asiento;  
de aquesto prevenido, satisface  
del gran Rector del cielo el mandamiento,  
y con ligero y presuroso vuelo,  
cortando nubes, se avvicina al suelo.

Y de Beocia Polinice en tanto  
vagando pasa la desierta tierra  
que tanta sangre humana y tanto llanto  
ha de beber en la vecina guerra;  
que el Sol en cada signo se esté tanto  
siente en el alma, porque en ella encierra  
cuidado eterno con inmenso daño  
del mal debido reino al fin del año.

Este, que nunca un punto de su pecho  
(esté velando o duerma) se desvía,  
siempre, a pesar del tiempo libre, ha hecho  
larga la noche y perezoso el día;  
sólo con mil engaños satisfecho,  
que inventa su engañosa fantasía,  
con fingida esperanza y bien dudoso  
hace dulce el cuidado venenoso.

Finge que el año largo se ha cumplido,

que a Tebas vuelve y que a su hermano aleja,  
y que dándole el cetro prometido,  
él mismo humilde el reino y patria deja;  
ya se alegra de verse rey temido,  
de verse desterrado ya se queja,  
y así entretiene en esperanza larga  
de su deseo la pesada carga.

Y mientras llega el plazo deseado  
ir a pasarlo en Argos determina,  
o en Micenas, do el Sol, avergonzado,  
en tiempo les negó su luz divina;  
o que esto ordena el inmutable hado,  
o Erimnis que a su pena así lo inclina,  
o que Atropos le enseña este camino,  
a Argos al fin lo lleva su destino.

Ya de Ogige se deja atrás las cuevas,  
albergue de aulladoras bacanales,  
y el alto Citerón, que a un lado a Tebas  
y a otro mira del mar los arenales,  
pasa por donde hizo tantas pruebas  
de su crueldad Escirón, que aun las señales  
se ven en los peñascos y en la arena,  
de sangre tintos y de huesos llena.

Llega al reino de Niso, a quién pudiera  
eternamente asegurar la vida  
el cabello encantado, si tuviera  
hija más casta y menos atrevida;  
los campos pasa donde Escila fiera  
lloró su ceguera mal conocida,  
y al fin deja a Corinto, donde oyendo  
estuvo de dos mares el estruendo.

Ya el fugitivo Sol había escondido  
entre las nubes del ocaso el día,  
y habiendo sus tinieblas esparcido,  
el aire adelgazó la noche fría;  
calla el ganado ya, ningún ruido  
en las ciudades ni en el campo oía;  
sólo se hace de la tierra dueño,  
lleno de olvido y de silencio el sueño.

Mas, dura tempestad prometió al suelo  
al esconder el Sol su rubia frente,  
cubriendo el carro de funesto velo,  
escasa luz ofrece al nuevo Oriente;  
tendiendo largos rayos por el cielo,  
llegó lleno de luto al Occidente,  
y apenas se escondió en el mar profundo,  
cuando la noche triste ocupó el mundo.

Espesa y negra más que nunca encubre  
la hermosura y luz del cielo santo;  
ninguna estrella al mundo se descubre  
que la salida impide el negro manto;  
el torpe miedo vuela, el suelo cubre  
silencio, obscuridad, horror y espanto;  
y ya con ronco son, confusa y ciega,  
la tempestad amenazando llega.

Los vientos, mal regidos y enfrenados

del animoso rey que los gobierna,  
furiosos más que nunca y enojados,  
piden su libertad con rabia eterna;  
viéndolos tan soberbios y obstinados,  
las puertas les abrió de su caverna,  
estrecho albergue para tanta furia  
y al fin salen, haciendo al mundo injuria.

El confuso tropel la tierra hiere,  
tiembla el eje del cielo cristalino,  
cada uno alzarse con el mundo quiere,  
gime el mar, brama el fiero torbellino;  
triste del marinero que tuviere  
fuera del puerto el leño peregrino,  
pues ha de verse en tanto sobresalto,  
lleno de miedo y de esperanza falto.

Con espesos relámpagos el cielo  
por mil partes parece que se enciende,  
truenan con brava furia y tiembla el suelo,  
a quién tanto enemigo a un tiempo ofende;  
de las nubes preñadas rasga el velo  
el fiero rayo, y con rigor descende,  
y en el más rico chapitel agravia  
de Siria el cedro y el metal de Arabia.

Con más violencia el austro hace guerra,  
y de Arcadia las cumbres humedece,  
en negras nubes su humedad encierra,  
y espesas gotas a la tierra ofrece;  
mas primero que lleguen a la tierra  
el Alquilón las cuaja y endurece,  
cubre la nieve ya las montes fríos,  
entran hinchados en el mar los ríos.

Mil humildes arroyos que se vieron  
secos ayer, pasados a pie enjuto,  
ricos de tantas aguas, hoy pudieron  
quitar al campo el mal seguro fruto;  
Inaco y Erasino al mar corrieron,  
llevándole ya guerra, y no tributo,  
y de Lerna también el hondo seno  
derramó por los campos su veneno.

A las selvas su honor y su hermosura  
quita la tempestad con furia brava;  
yace midiendo ya la tierra dura  
planta que ayer al cielo amenazaba;  
no aprovechó a Liceo su espesura,  
donde apenas la luz del Sol entraba;  
que ya la tempestad desembaraza  
en sus oscuros senos ancha plaza.

El mancebo tebano, que oprimido  
se ve en tanto peligro, ya suspira  
con no usado temor; cada ruido  
flechas de miedo al corazón le tira;  
ya escucha de los vientos el bramido,  
ya desgarrarse un medio monte mira,  
y atónito y confuso queda, oyendo  
de fugitivas peñas el estruendo.

Oye el rumor de algún arroyo fiero,

y mientras más se acerca, más se espanta  
cuando mira nadando un monte entero  
donde apenas mojara ayer la planta;  
nada la choza y huye el ganadero  
dichoso al fin en desventura tanta,  
y el humilde ganado va nadando  
donde andaba la hierba ayer buscando.

Mas no por esto su camino deja,  
aunque entre tanta confusión dudoso,  
que el temor del hermano es quien le aqueja  
más que el temor del tiempo riguroso;  
cual marinero incauto que se aleja  
de la tierra, y al viento más furioso  
entrega de sus velas el gobierno,  
con el rigor del erizado invierno.

Combatido del viento en noche oscura  
no puede ver el norte ni la Luna  
le puede dar en tanta desventura  
alguna lumbre ni esperanza alguna;  
en vano en tanta obscuridad procura  
remedio contra la áspera fortuna  
pues contra la tormenta en mar tan alta  
faltan las fuerzas y el gobierno falta.

Y mientras más está lejos del puerto,  
del viento teme más la rabia fiera,  
o ya de algún peñasco que encubierto  
las ondas tienen, su naufragio espera;  
a cada parte ve el peligro cierto,  
que más se enoja el mar y más se altera,  
y al fin deja su vida y su navío  
del enemigo viento al albedrío.

Tal el tebano incierto va siguiendo  
por donde el hado y su rigor le lleva,  
ya espesos matorrales va rompiendo,  
a donde hace de sus fuerzas prueba;  
ya fiera se le opondrá, que huyendo  
va por el monte a la segura cueva;  
el ancho escudo embraza y cubre el pecho,  
que ya animoso su temor le ha hecho.

En esto, de Larisa en la alta cumbre,  
alcázar de Argos y de rey morada,  
resplandeció un farol, que con su lumbre  
descubrió la ciudad tan deseada;  
guardaba el pueblo argivo esta costumbre,  
tanto en la paz como en la guerra usada,  
y como alivio en desventura tanta,  
el tebano adoró la lumbre santa.

A la antigua Prosina a un lado deja,  
rico templo de Juno, y a otro lado  
a Lerna venenosa, que se queja  
de Alcides, que sus aguas ha infamado;  
con esperanza nueva el miedo aleja,  
y vuela ya con paso acelerado;  
al muro llega al fin y a nadie encuentra,  
sigue la amiga luz y en Argos entra.

Del rey en el palacio suntuoso

halló el ancho zaguán desocupado,  
contra el furor del tiempo riguroso  
seguro albergue y sitio acomodado;  
en él pensó tener algún reposo,  
y así, tendiendo el cuerpo fatigado,  
convida al blando sueño en cama dura,  
si haberle puede en tanta desventura.

El noble rey Adrasto aquí vivía,  
de abuelos rico, en majestad temida,  
que gobernando en paz pasado había  
ya la mitad del curso de su vida;  
del mayor de los dioses descendía  
de ambas partes su sangre esclarecida,  
mas no tiene, y en vano lo desea  
hijo varón que su heredero sea.

Dos bellísimas hijas le dio el cielo,  
que han de heredar su reino, su nobleza,  
mas por lo que esperaba algún consuelo,  
vive con más dolor y más tristeza;  
que el Dios que avisa lo futuro al suelo  
amenazada tiene su belleza:  
«De una, dijo, un león será su esposo,  
y de otra un fiero jabalí cerdoso.»

Cual si se hubiera visto ya el efeto,  
gime el padre infelice el caso duro;  
ninguno de sus sabios el secreto  
pudo alcanzar de aquel enigma obscuro;  
ni el mismo Anfiarao, a quien sujeto  
Apolo hizo todo lo futuro,  
lo pudo penetrar, y un caso raro  
hizo después aquel enigma claro.

Al portal que ocupaba ya el tebano  
vino acaso a parar el gran Tideo,  
que en el mismo rigor del tiempo insano  
a Argos también le trajo un caso feo;  
huyendo, por la muerte de su hermano,  
de Calidonia y de su padre Eneo,  
adonde estaba Polinices para  
siguiendo del farol la lumbre clara.

Turbóse luego, y de la tierra dura  
se levantó con ira acelerada,  
y porque de ninguno se asegura,  
quiso negarle la común posada,  
era grande el tebano de estatura,  
de persona fornida y bien trazada;  
pequeño el calidonio, en vaso chico  
tiene de gran valor tesoro rico.

Cada cual fugitivo y desterrado,  
perseguido del tiempo, de ira lleno,  
huésped en tierra ajena recatado,  
rompe atrevido al sufrimiento el freno;  
con amenazas el temor osado  
armó a entrambos las lenguas de veneno,  
las manos de furor, de injurias hecho,  
de fuego el corazón, de rabia el pecho.

De tantas amenazas ofendidos,

ya con rabia y furor llegan a asirse,  
con piernas y con brazos atrevidos,  
queriendo en fiera lucha preferirse;  
ya con desnudas manos desasidos,  
con tanta prisa llegan a herirse,  
que no el granizo de la nube espesa  
con tanta furia baja y tanta priesa.

Tal de valientes mozos deseada  
ve lucha el sacro Olimpo semejante,  
cuando el tiempo, con planta acelerada,  
sus lustros restituye al gran Tonante;  
arde la tierra, de sudor bañada,  
muestra la juventud pecho arrogante,  
y entretanto las madres desde afuera  
cada una el premio y la victoria espera.

Con no menos valor, si con más ira,  
aunque sin esperar premio ni gloria,  
cada uno de éstos insolente aspira,  
bañado ya en su sangre, a la victoria;  
éste con rabia gime, aquél suspira,  
pierden con el enojo la memoria,  
pues sin echar de ver que traen espadas,  
a bocados se ofenden y a puñadas.

A sacar las espadas, el tebano  
medido hubiera ya la tierra dura:  
muriera al fin por enemiga mano,  
que fuera menos mal y desventura;  
fuera al menos llorado de su hermano,  
y aun vengara su muerte por ventura;  
mas la maldad del enemigo hado  
para más triste fin lo ha reservado.

Al estruendo a tal hora nunca oído,  
que retumbaba en el soberbio techo,  
no menos admirado que ofendido,  
pide el rey lumbre y desocupa el lecho.  
Hallóle recordado el gran ruido,  
que un cuidado inmortal, que se había hechode  
su memoria y de sus ojos dueño,  
le ahuyentaba el deseado sueño.

Las puertas abre, y con antorchas luego  
por el alto palacio discurriendo,  
de los que perturbaron su sosiego  
el miserable estrago estuvo viendo;  
encendidos en rabia, en ira, en fuego,  
dos furias infernales (¡caso horrendo!),  
monstruos de sangre llenos y furiosos,  
desgarrados los rostros y espantosos.

«¿Qué ocasión, oh extranjeros -dijo- ha sido  
bastante a tal furor, a ira tan loca?  
Que no sois de Argos, pues me habéis tenido  
poco respeto y reverencia poca;  
pero decid de dónde habéis venido,  
quién sois, adónde vais y qué os provoca  
a usurparle a la noche su derecho,  
para el reposo de los hombres hecho.

»¿Es tan pequeño por ventura el día,

y el sueño y breve paz tan triste cosa,  
que en las tinieblas de la noche fría  
derramáis sangre ilustre y preciosa?  
tal imagino que es, que no se cría  
tal valor sino en sangre generosa,  
y en la que habéis vertido me parece  
que una oculta grandeza resplandece.»

»Oh príncipe, el mejor del pueblo aqueo,  
ya ves que nuestra sangre el suelo baña,  
¿qué importará saber el caso feo,  
si enojo de algún dios nos acompaña?»  
Esto responden ambos; y Tideo,  
deseando consuelo en tanta saña,  
mirando al noble rey con rostro fijo,  
ya más humilde y suspirando, dijo:

»Del reino y campos fértiles que riega  
Aqueloo calidonio, aquí he venido,  
donde el error de aquesta noche ciega  
por extraña desgracia me ha traído;  
y éste, lleno de rabia, a quien se entrega,  
la posada común me ha prohibido,  
no sé con qué derecho o con qué fuero,  
si no es decir que aquí llegó primero.

»Aunque fieros y de ánimo impaciente,  
juntos ya los Centauros se albergaron,  
y los bravos cíclopes, si no miente  
la fama, en Etna juntos habitaron,  
tal vez rabiosas fieras juntamente  
en la secreta cueva se hallaron;  
y éste la común cama de la tierra  
quiere estorbarme con funesta guerra.

»Pero ¿qué me detengo? Hoy de mi muerte,  
quienquiera que eres, triunfarás ufano  
si no ha embotado la enemiga suerte  
el antiguo valor de aquesta mano;  
verás que soy del tronco de Eneo fuerte  
generoso renuevo, y que no en vano  
el dios Marte es mi abuelo verdadero,  
ya que de su valor no degenero.»

«Yo, respondió también, ¿qué me detengo,  
escuchando arrogancia tal a un hombre?  
que no de sangre tan humilde vengo,  
que de la tuya y de tu honor me asombre;  
tronco también de que preciarme tengo.»  
dijo; mas de su padre calló el nombre,  
que pudo de su error la infamia y mengua,  
al pronunciarlo, enmudecer la lengua.

»Antes, dijo el rey noble, oh caballeros,  
a quien ira o virtud demasiada  
encendió de los pechos los aceros  
o el rigor de la noche no esperada,  
cesen las amenazas y los fieros,  
y entrad ambos conmigo en mi morada;  
juntad las diestras, que tras ira tanta,  
nobles prendas serán de amistad santa.

»Tal vez se ha visto ya de un odio inmenso

una inmensa amistad haber nacido,  
no sin misterio me tenéis suspenso,  
que algún Dios a mi casa os ha traído;  
que de un amor inseparable pienso  
ira tan grande el fundamento ha sido,  
y que siempre del caso la memoria  
aumentará de la amistad la gloria.»

Llenas de verdadera profecía  
del viejo sabio las palabras fueron,  
porque después de aquella noche fría  
tanta amistad se dice que tuvieron,  
que no del Quersoneso en la porfía  
muestras mayores de amistad se vieron  
entre Orestes y Pilades, ni creo  
fue tal la de Perito con Teseo.

Con esto cada cual menos airado,  
aquel furor, mas no del todo, deja,  
cual suele cuando Bóreas enojado  
con brava tempestad el mar aqueja,  
que aunque ya su rigor ha mitigado,  
al despedirse entre las velas deja,  
después de su furor soberbio y loco,  
viento fácil, que muere poco a poco.

Entrambos, pues, siguiendo al rey han ido  
al real palacio, que el alcázar era,  
donde el talle, las armas y el vestido  
de ambos despacio Adrasto considera.  
cubre al uno de un fiero león temido  
el gran despojo, vestidura fiera  
que horrible a cada lado está pendiendo,  
inculta selva del cabello horrendo.

Era aqueste despojo horrible y feo  
del león a quien Hércules dio muerte  
de Teumeso en la selva, y por trofeo  
cubrió siempre con él el pecho fuerte  
hasta que, dando muerte al cleoneo,  
trocó el despojo y mejoró la suerte,  
y en el primero sucedió el tebano,  
con que espantoso se mostró y ufano.

Y cerdosa piel del otro era el vestido,  
con que apenas cubrir los hombros pudo,  
de un fiero jabalí que, retorcido,  
muestra en cada mejilla el diente agudo;  
fue en Calidonia en grande honor tenido,  
y por blasón de su real escudo  
lo heredó con el reino el padre Eneo,  
de que arrogante se vistió Tideo.

Al punto el noble rey, lleno de espanto,  
conoce del oráculo divino  
la verdadera voz que temió tanto,  
que ya lloró el rigor de su destino;  
trueca su pena y su pasado llanto  
en un horror alegre y peregrino,  
que por sus miembros presuroso vuela,  
y al pronunciar la voz la lengua hiela.

Siente que no sin orden han venido

del cielo y de sus dioses soberanos  
los yernos que Apolo ha prometido  
con nombre de dos monstruos inhumanos  
estuvo un grande rato enmudecido,  
y al fin, alzando al cielo entrambas manos,  
rompiendo aquel silencio tan prolijo  
lleno de admiración, aquesto dijo:

«Noche, que abrazas en tus sombras frías  
del cielo y de la tierra las fatigas,  
que con ligero movimiento guías  
estrellas vagas, de inquietud amigas,  
y a los mortales tu reposo envías,  
alivio en sus congojas enemigas,  
en tanto que el dorado carro suyo  
lleva, huyendo el Sol del negro tuyo.

»Noche, a cuya deidad están sujetos  
los misterios de Apolo soberano,  
que aclaras de su enigma los efectos  
y pones fe en su voz, buscada en vano;  
tú que del hado antiguo los secretos  
que no pudo alcanzar ingenio humano  
sola descubres, antes que te alejes  
tus agüeros confirma y no me dejes.

»Será en aquesta casa eternamente  
cada año tu memoria respetada,  
y será tu deidad de gente en gente  
con mil honras y fiestas celebrada;  
por ti cada año el toro más valiente  
dejará suspirando su manada,  
y siempre nueva leche, si hoy me amparas,  
y ofrenda negra quemaré en tus aras.

»Salve, caverna y voz irrevocable,  
antigua fe y oráculo divino,  
y tú también, fortuna variable,  
que el rigor has trocado del destino.»  
aquesto dijo el viejo venerable,  
y luego con los dos guerreros vino,  
habiendo a cada cual la mano dado  
a un aposento oculto y retirado.

El fuego en un altar aún todavía  
guardado entre cenizas, vivo estaba,  
y una ofrenda que en él ardido había,  
no gastada del todo aún, humeaba,  
y aunque ya el carro de la noche fría  
de la mitad del curso declinaba,  
renovar el banquete manda luego,  
de nuevo olor enriqueciendo el fuego.

Al punto, con un gusto extraordinario,  
cada ministro alegre y diligente  
acude a prevenir lo necesario  
a tanta fiesta y majestad decente:  
el gran palacio con tumulto vario  
a cada parte resonar se siente;  
quién previene las mesas, que es su oficio;  
quién la comida y quién el sacrificio.

Cuál la víctima ofrece al santo fuego,

que otro ya de oloroso cedro enciende,  
cual acude después, y al humo ciego  
con vario olor enriquecer pretende;  
éste las mesas pone y otro luego  
tapetes de oro y seda encima tiende:  
en el aparador otro previene  
rica vajilla, que a su cargo tiene.

Los lechos otro en tanto aderezando,  
colchas tiende con oro recamadas:  
otro, la noche negra ahuyentando,  
bálsamo enciende en lámparas doradas  
de las muertas ovejas otro asando  
las entrañas está ya desangradas;  
éste va, viene aquél, el otro torna,  
otro de blanco pan la mesa adorna.

Alegre el noble rey, que obedecido  
con tanta diligencia ve su intento,  
venerable de rostro y de vestido,  
ocupa de marfil un rico asiento;  
los huéspedes también, que ya habían sido  
curados con precioso y rico unguento,  
limpios de tanta sangre, se sentaron,  
y del rey ambos lados ocuparon

Mírase el uno al otro, y satisfecho  
del gran valor que a cada cual admira,  
perdonan los agravios que se han hecho,  
convirtiendo en amor la mortal ira;  
crece la gloria en el piadoso pecho  
del noble rey, que su concordia mira,  
y porque su esperanza efecto tenga,  
manda que Acastes a la mesa venga.

Era una vieja sabia, que criaba  
sus hijas con cuidado y santo celo,  
y su sagrada honestidad guardaba  
a los esposos que les diese el cielo;  
viniendo, pues, adonde Adrasto estaba,  
lento sin esperar, de consuelo  
que al oído lo que el rey le ordena,  
y vuelve atrás, de nueva gloria llena.

Al punto con primor y con presteza,  
porque a su rey obedecer desea,  
de honestas galas, llenas de riqueza,  
las infantas bellísimas arrea  
con ellas viene luego, y su belleza  
con tanta honestidad se hermosea,  
que a los ojos de todos (¡raro ejemplo!)  
diosas parecen, y el palacio templo.

Si ojo mortal a Palas y a Diana  
alguna vez acaso vio en la tierra  
ésta de Apolo cazadora hermana  
persiguiendo las fieras de la sierra,  
con lanza aquélla y con escudo ufana,  
bella diosa abogada de la guerra,  
fuera de aquel terror que tienen ellas,  
tales pienso que son las dos doncellas.

Con simple honestidad, luego que vieron

que eran de los dos huéspedes miradas,  
ya pálidas, ya rojas se pusieron,  
de una vergüenza nueva salteadas;  
los ojos a su padre revolvieron,  
vergonzosas, humildes y turbadas,  
y en tanto que se da fin a la cena,  
esperan lo que el padre les ordena.

Vencida ya la hambre, el rey aqueo  
pide una rica taza, dedicada  
para los ministerios de Lieo  
y de varias figuras adornada;  
de Dánao fue y del viejo Foroneo  
en tales sacrificios siempre usada,  
hecha con tal primor y tal decoro  
que vence en ella el artificio al oro.

Caballo alado, volador ligero,  
en ella está rompiendo el aire vano,  
regido de un osado caballero,  
con la cabeza de Medusa ufano:  
tan al vivo se ve, que el monstruo fiero,  
lánguido, ensangrentando el verde llano,  
con graves ojos, el color perdiendo,  
parece que en el oro esta muriendo.

El cazador troyano arrebatado  
también se ve de un águila ligera,  
y moneros y perros, que han quedado  
atónitos, mirando al ave fiera:  
uno ladra a las nubes enojado,  
otro sigue a la sombra y no le espera;  
al vivo todo y tal, que parecía  
que Ida se abaja y Troya se desvía.

La taza rica de figuras tales  
corona el rey de vino generoso,  
invocando a los dioses inmortales,  
pero primero a Febo poderoso;  
con himnos y alabanzas celestiales  
a Febo, a Febo invoca el rey piadoso;  
«Febo», responden todos, coronados  
con ramos de laurel, de Febo amados.

Era de Febo aquel alegre día  
a él dedicado en todo el reino aqueo,  
y así honrando a su nombre, enriquecía  
el fuego de su altar humo sabeo.  
«La causa, dijo el rey, de esta alegría  
ya por ventura os pedirá el deseo,  
viendo con tanta fiesta y placer tanto  
a Febo celebrar el nombre santo.

»Sabed pues, oh mancebos, que no han sido  
aquestos sacrificios comenzados  
(sin que bastantes causas haya habido),  
de santa religión aconsejados;  
mil desventuras son que ha padecido  
el pueblo argivo en años ya pasados,  
de aqueste sacrificio el fundamento:  
atentos escuchad, y os diré el cuento.

»El gran Pitón el mundo amenazaba,

bestia fiera, engendrada de la Tierra,  
que a Delfos con sus roscas rodeaba,  
haciendo a la ciudad y al campo guerra;  
la gente y ganado ahuyentaba,  
no hay seguro lugar en llano o sierra,  
pues cubierto de escama y dura concha,  
derriba muros y arboledas troncha.

»Si alguna vez alimentar quería  
a la insaciable sed de su veneno,  
no de Castalia la corriente fría  
bastante era a henchir el ancho seno;  
toda con lenguas tres se la bebía  
asolándole en pago el sitio ameno;  
mas no sufriendo Apolo aquesta injuria,  
osó oponerse sólo a tanta furia.

»Con una y otra flecha al monstruo hiere,  
que su concha y rigor no le aprovecha;  
apúntale primero, y donde quiere  
la jara voladora va derecha;  
vacía toda el aljaba, el monstruo muere,  
llegando al corazón más de una flecha;  
tiéndese al fin vencido por su mano,  
ocupando de Cirra todo el llano.

»Apenas tuvo muerto al monstruo fiero,  
cuando tomando de Argos el camino,  
de nuestro rey Crotopo el rubio arquero  
al no rico palacio a parar vino:  
tenía una sola hija el rey Severo,  
de hermosura y ejemplo peregrino,  
ya de perfecta edad, pero doncella,  
honesta por extremo como bella.

»Dichosa si de Febo nunca fuera  
para tanta desdicha conocida,  
y de su amor y hurtos no tuviera  
tanta noticia a costa de su vida.  
Febo, pues, de Nemeo en la ribera  
gozó la flor, en vano defendida;  
forzó su honestidad, venció su llanto,  
y ofendió el hospedaje sacrosanto.

»Con lágrimas y ruegos importuna  
se rindió, ya cansada, a su porfía,  
que mal pudiera haber defensa alguna  
bastante a resistir tanta osadía;  
y va que nueva luz la blanca Luna  
diez veces en sus cuernos visto había,  
acudiendo Lucina al grande aprieto,  
parió a luz a Latona un bello nieto.

»Temiendo de su padre la ira insana,  
de quien en tal error nunca alcanzara  
perdón, por ser en él disculpa vana  
aunque de un dios la fuerza le halagara,  
sigue los ejercicios de Diana,  
clavando ya con voladora jara  
al ciervo vividor que va volando,  
ya engaños a las aves fabricando.

»Y por cubrir mejor su desventura

el niño dio a un pastor secretamente  
para que lo criase en la espesura,  
entre el ganado, oculto de la gente.  
¡Oh fortuna enemiga, oh suerte dura!  
¡Bello hijo del Sol, niño inocente,  
que entre los cabritillos resplandeces,  
y apenas has nacido ya padeces!

»No tuvo lino en desventura tanta  
que le defienda del calor paterno;  
desnudo en cama vil, humilde planta  
con hojas le cubrió su cuerpo tierno;  
bala el ganado humilde y no se espanta,  
sujeto a suerte igual e igual gobierno;  
crece con él al fin, y en su bajeza  
su cuna fue de un tronco la corteza.

»Goza albergue común con el ganado,  
y al son de una zampoña, en lecho duro  
le halla el blando sueño descuidado,  
en tanta desventura aun no seguro;  
que la maldad del enemigo hado,  
por dar triste principio al mal futuro,  
no pudiendo a mas mengua derribarlo,  
de aquel pequeño bien quiso privarlo.

»Dejado a solas temerariamente,  
estaba entre unos céspedes durmiendo,  
la boca abierta al sol, que su mal siente,  
en ella el aire fresco recibiendo:  
dieron perros en él con rabia ardiente,  
y antes que recordase al grande estruendo,  
con la insaciable hambre que traían  
medio vivo en sus vientres lo tenían.

»A la infanta afligida el nuevo espanto  
de aquesta dura nueva echó del pecho  
la vergüenza y temor, que en dolor tanto  
no hubo consuelo alguno de provecho;  
baña la tierra con prolijo llanto,  
hiere con voces el paterno techo,  
y llena de furor, buscando al padre,  
su error confiesa la infelice madre.

»No se movió a piedad, aunque pudiera  
una roca mover helada y dura  
y ablandar las entrañas de una fiera  
tanto dolor y tanta hermosura.  
Con injusto rigor manda que muera,  
aunque ella, en tanto mal y desventura,  
también la muerte elige, que la muerte  
sola podrá acabar su dolor fuerte.

»Tarde se movió Apolo a la defensa,  
aunque turbó el dolor su luz serena;  
mas ya el castigo de su agravio piensa,  
vano consuelo para tanta pena.  
Un monstruo horrendo de crueldad inmensa  
de Flegetón en la abrasada arena,  
de un demonio engendrado y de una furia,  
vino a la tierra a castigar su injuria.

»El rostro y pecho de mujer tenía,

pero con un eterno silbo horrendo,  
una culebra en su cerviz nacía,  
al rostro sus cabellos esparciendo;  
en el silencio de la noche fría,  
cuando va todo el mundo está durmiendo,  
este monstruo infernal, fiero y horrible,  
entraba en nuestras casas invisible.

»El niño tierno, que durmiendo estaba,  
recién nacido en el materno seno,  
con terrible furor arrebatada.  
y de él alimentaba su veneno;  
con hambre eterna allí se lo tragaba,  
dejando de su sangre el lecho lleno;  
llora la madre triste en dolor tanto,  
y el monstruo fiero engorda con su llanto.

»Viendo el daño común y la ruina  
del pueblo argivo, en lágrimas bañado,  
a morir o vengar lo determina  
Corebo, un noble caballero osado;  
y cuando ya la noche se avecina.  
consigo algunos mozos ha juntado,  
amigos de morir o ganar fama,  
cuando el peligro o la ocasión los llama.

»Y estando ya la gente sosegada,  
de armas y de valor apercebido,  
cerca la ciudad triste y desdichada,  
con gran secreto y sin hacer ruido.  
Buscando, al fin, en una encrucijada,  
de dos niños cargado al monstruo vido,  
hincando ya las uñas y los dientes  
en los recién nacidos inocentes.

»Al punto, de los suyos rodeado,  
al monstruo arremetió en el paso estrecho,  
de un asta veloz que le ha tirado  
el hierro todo le escondió en el pecho;  
y habiendo al triste corazón hallado,  
para aposento de la vida hecho,  
la puerta al alma fugitiva abriendo,  
restituyó a Plutón su monstruo horrendo.

»La fama pregonera vuela al punto,  
hierven las calles con alegre espanto,  
que nunca tanto vulgo se vio junto,  
ni en Argos vimos regocijo tanto:  
salen a ver el monstruo ya difunto,  
principal ocasión de nuestro llanto,  
y tal era el temor de sus enojos.  
que apenas tienen crédito los ojos.

»No libre aun de temor la gente, mira  
los colmillos, el vientre, el pecho y boca,  
y aquel extraño horror (que aun muerto admira)  
al más cobarde a más furor provoca;  
muestra en un muerto el vulgo mortal ira,  
en tan grande dolor venganza poca,  
y ninguno se tiene por honrado  
si no llega a herir el monstruo helado.

»El monstruo, de Aqueronte en las riberas

engendrado, en el campo se dejaron:  
mas ni el lobo hambriento ni otras fieras  
su rabia y hambre en él alimentaron.  
Huyeron de él las aves carniceras,  
con miedo extraño al derredor ladraron  
los perros, que sintiendo su veneno,  
a su hambre y su furor pusieron freno.

»No en aquesto paró la desventura,  
pues de ella otra desdicha nació inmensa  
a la ciudad del monstruo aun no segura,  
que ya aliviarse en sus trabajos piensa;  
que Febo con mayor rigor procura  
vengar al que tan bien vengó su ofensa,  
y desde la alta cumbre de Parnaso  
dió infelice principio al duro caso.

»A la ciudad, al campo, al llano y sierra  
flechas tiró que el aire inficionaron;  
mueren hombres y fieras. y a la tierra  
nieblas, de muerte llenas, ocuparon;  
igualmente la muerte hace la guerra,  
las parcas sus estambres le entregaron,  
y ella desplegó en Argos sus banderas  
al triste son de quejas lastimeras.

»Primero los humildes animales  
a sentir comenzaron la inclemencia  
del crudo mal, y en cuerpos desiguales  
igual fuerza mostró la pestilencia.  
Muere el perro fiel en los umbrales  
del amo, que, ignorando la violencia  
de aquel veneno que invisible hiere,  
lo llega a halagar y con él muere.

»El soberbio animal, que ya se vido  
argentando de espuma el rico freno,  
el cuello humilde ya gime herido  
con fuerza oculta de mortal veneno;  
el pajarillo que al amado nido  
vuelve alegre, de cebo el pico lleno,  
rendido en la mitad de su camino,  
flojas las alas, a la tierra vino.

»Humilde el jabalí terrible y fiero  
el pecho ofrece al cazador osado,  
y cuando llega el enemigo acero  
halla ya muerto el corazón helado;  
el ciervo, antiguo volador ligero,  
que en vano de los perros se ha escapado,  
rinde en el monte al fin la amada vida,  
con pie ligero en vano defendida.

»Tal vez al yugo unidos mansamente  
tiraban dos novillos del arado  
y cayó el uno de ellos de repente  
sin acabar el surco comenzado;  
afloja la coyunda de su frente  
de presto el triste labrador, turbado  
y tímido del otro, y mal seguro  
descarga su cerviz del peso duro.

»Pues no porque el rigor de algún veneno

probó en tazas de vino coronadas  
o enemigo manjar, de muerte lleno,  
entre ricas comidas regaladas;  
su pasto fue la hierba y blando heno,  
aguas bebió entre peñas quebrantadas,  
y por vivir en desdichado suelo  
probó el rigor del enojado cielo.

»Tal vez también la víctima escogida  
por la mejor en toda la manada,  
cayendo en tierra muerta, aún no herida,  
del ministro burló la mano alzada.  
La malicia del mal ya conocida  
en la ciudad renueva desdichada  
tristes quejas y lágrimas, que en vano  
la gente ofrece al cielo soberano.

»De cuerpos no enterrados se ven llenas  
las calles y del monte la espesura,  
que en pueblo y campo ofrece iguales penas  
en suerte desigual la desventura.

Tanta es al fin la mortandad que apenas  
bastante es para tanta sepultura  
todo el suelo que ve nuestro horizonte,  
ni para tanto fuego todo el monte.

»Riñen por los sepulcros no ocupados  
los pocos vivos que la muerte esperan  
y otros en los sepulcros heredados  
se encierran a morir antes que mueran.  
Si al fuego son algunos entregados,  
ni parientes ni amigos hay que quieran  
llevar al venerable monumento  
las cenizas, que al fin se lleva el viento.

»Tal de un muerto atizaba el santo fuego,  
de religión y de clemencia lleno,  
y cayendo dio el último sosiego  
su infelice cuerpo en fuego ajeno.  
Lleno de espanto el vulgo, siembra luego  
un temor general, mortal veneno;  
huyen todos al fin, sin que allí quede  
quien su piedad y religión herede.

»Huye la madre triste y desdichada  
del hijo y el hermano del hermano;  
huye el marido de la esposa amada,  
que, afligida, socorro pide en vano;  
doncella tierna, en vano recatada,  
descubre sin recato al cirujano  
(desnudo el cuerpo honesto) flor hermosa  
que ya marchita estrella rigurosa.

»Ríndese el arte al mal y sin provecho  
los remedios se ven y la experiencia,  
que más ofende en ésta lo que ha hecho  
que algún efecto en otra pestilencia.  
Del sénico mortal que esconde el pecho  
señales da del rostro la apariencia,  
que encendido color en él resulta  
del fuego que está ardiendo en parte oculta.

»Crece en el pecho el ávido elemento,  
enciéndose la sangre en cada vena,  
da el pulmón y recibe poco aliento,  
vese la lengua de vejigas llena;  
la boca, abierta siempre al fresco viento,  
de él refrigerio espera en tanta pena,  
y más la enciende el aire, porque luego,  
mudando calidad, se vuelve en fuego.

»Nunca sin escuchar funesto llanto  
al mundo amaneció sereno día,  
ni en la tierra tendió jamás su manto  
que no oyese gemir la noche fría.  
No con tanto rigor el cielo santo  
castigue gente religiosa y pía;  
use de otros azotes y castigos,  
padezcan tanto mal los enemigos.

»Viendo el rigor del mal contagioso,  
ricas prendas da al fuego la justicia  
antes que el heredero, codicioso  
del mal, herede en ellas la malicia;  
triunfa de todo el fuego poderoso,  
puede más el temor que la avaricia,  
pues nadie hay tan avaro que defienda  
del fuego y su rigor la mejor prenda.

»En vano el sabio, de experiencia lleno,  
defensivos antídotos previene,  
que a la inclemencia del mortal veneno  
no hay diligencia alguna que refrene;  
y en mal tan grande, de remedio ajeno,  
pensando que el lugar la culpa tiene,  
no del autor de tanto mal se quejan,  
mas culpan el lugar y de él se alejan.

»Salen huyendo de él, y donde quiera  
los sigue con rigor la suerte dura;  
que no puede haber planta tan ligera  
que alcance no le dé la desventura.  
Dejan, huyendo de la muerte fiera,  
la ciudad convertida en sepultura,  
y hallan también llenos los desiertos  
de muertos animales y hombres muertos.

»El rey, de tantos males fatigado,  
rey ya de muros y ciudad vacía  
de poco y triste pueblo acompañado,  
de Cirra visitó la fuente fría;  
y hecho el sacrificio acostumbrado  
remedio pide al que el azote envía  
o al menos, si el remedio es imposible  
descubra la ocasión del mal terrible.

»Responde el mismo Dios que en sacrificio  
ofrezcan los que al monstruo muerte dieron,  
pues ellos con osado maleficio  
de tanta mortandad la causa fueron.  
¡Oh mancebo animoso, a quien propicio  
fue siempre el cielo y sus deidades fueron,  
digno que en todo el mundo eternamente  
tu gran valor y tu piedad se cuente!

»No por ver que el oráculo responde  
que él muera, se turbó, ni acobardado  
con ver la muerte tan cercana esconde  
las armas con que al monstruo muerte ha dado;  
antes entrando con valor a donde  
el santo altar está, con labio osado  
que a Febo a más furor mover pudiera  
desde el umbral habló de esta manera:

»-No vengo porque alguno acá me envía  
a pedirte remedio para tantos males;  
no a aplacar tu rigor, si al fin se cría  
rigor tan grande en pechos celestiales;  
mi valor, mi virtud, la piedad mía  
me han forzado a venir a tus umbrales;  
que si libro a mi patria con mi muerte  
¿qué mas bien pudo pretender mi suerte?

»Yo soy quien, dando muerte al monstruo horrible,  
eché del mundo tu maldad y afrenta;  
que afrenta tuya fue, si ya es posible  
que un pecho celestial deshonra sienta;  
por vengarlo con rigor terrible,  
que más tu infamia y tu maldad aumenta,  
con nubes que inficionan a la tierra  
a un inocente pueblo haces guerra.

»Si es tan amado un monstruo que parece  
que más lo estima el soberano cielo  
que al humano linaje, pues perece  
y no hay piedad para el humilde suelo,  
Argos ¿qué mereció, que así padece?  
¿qué culpa tiene en tanto desconsuelo?  
Yo, soberano Dios, yo solo he sido  
el que tanto rigor he merecido.

»¿Es tu deleite ver sin moradores  
una insigne ciudad desamparada  
y mirar viuda ya de agricultores  
la tierra de ninguno cultivada?  
Pero ¿qué te detengo? Mis errores,  
mi atrevimiento y culpa confesada,  
mi muerte merecieron, y hablando,  
mi muerte estoy en vano dilatando.

»Ya las argivas madres en mi muerte  
esperan su remedio, y cobardía  
podrán juzgar en mí si de esta suerte  
con mis palabras entretengo el día.  
Mueve ya el arco, y a este pecho fuerte  
flechas mortales de tu aljaba envía,  
y en ocasión tan noble y tan piadosa  
salga del pecho el alma victoriosa.

»No merece perdón mi atrevimiento,  
pues de tan grande mal la causa ha sido;  
la nueva gloria que en mi muerte siento  
es lo que mi piedad ha merecido.  
Aqueste globo que inficiona el viento,  
vapor mortal sobre Argos detenido,  
sólo que aparte de mi patria ruego,  
pues yo por su salud la vida entrego.-

»¡Oh, cuánto un pecho noble y virtud rara,  
no fingido valor, estima el cielo!  
Pues Febo en sus enojos no repara,  
viendo en Corebo aquel piadoso celo  
la vida le otorgue y el aire aclara,  
purga el contagio que assolaba el suelo,  
y a Argos alegre se volvió Corebo,  
lleno de admiración dejando a Febo.

»Desde entonces cada año celebramos  
la memoria de aqueste beneficio,  
y con alegre fiesta renovamos  
la cena y el solemne sacrificio  
donde con nuevas honras aplacamos  
a Febo porque siempre esté propicio  
y esta, por dicha, la ocasión ha sido  
que a esta tierra a tal tiempo os ha traído.

»Decid quién sois, pues muerta ya la saña  
en vuestros pechos generosos veo,  
aunque, si la memoria no me engaña,  
vos descendéis del calidonio Eneo;  
y vos, puesto que sois de tierra extraña,  
quién sois y a qué venís saber deseo,  
ya que es esta hora, al levantar de cena,  
para gastarla en varios cuentos buena.»

Aquesto apenas escuchó el tebano,  
cuando los ojos en la tierra dura,  
lleno de miedo y de vergüenza, en vano  
callar su infamia y su dolor procura;  
pero viendo que ya no está en su mano  
encubrir su pesar y desventura,  
venciendo su temor y su vergüenza,  
mirando al calidonio, así comienza:

»No en fiestas de tan grande reverencia,  
en tan alegre y tan solemne día  
se debiera contar mi descendencia,  
mi sangre, antiguo tronco y patria mía;  
mas pues es tan forzosa la obediencia,  
porque menos se ofenda la alegría  
y el honor de estas honras celestiales,  
con brevedad os contaré mis males,

»Origen y principio de mi casta  
Cadmo, de Tiro desterrado, ha sido;  
Tebas mi patria, y me parió Yocasta,  
si ya acaso su nombre habéis sabido.»  
«No más, respondió Adrasto; aquesto basta,  
que no a nuestras orejas ha venido  
tan dudosa la fama y sus rumores,  
que ignoremos de Tebas los errores.

»Los ojos arrojados en el suelo,  
las furias, de ese reino el llanto y pena,  
¿Qué tierra los ignora en cuanto el cielo  
comunica su luz pura y serena,  
desde de Escitia el riguroso hielo  
hasta de Libia la abrasada arena,  
y desde el rubio Ganges hasta adonde  
el fugitivo Sol su carro esconde?

»Al fin, en Argos todo se ha sabido;  
pero no os sea el contarlo tan amargo,  
pues los errores que otro ha cometido  
no los debéis poner a vuestro cargo;  
yerros también en nuestra sangre ha habido,  
que aun no puede borrar el tiempo largo;  
mas no de los abuelos la memoria  
a los nietos usurpa alguna gloria.

»La piedad, el valor y bondad vuestra  
disculpe de los vuestros el pecado;  
que esta es obligación y deuda nuestra,  
pues no habemos sus culpas heredado;  
mas ya, flojo el timón, sin luz se muestra  
a los mortales el portero helado  
de la Osa fugitiva, y ya la Noche  
declina al Occidente el negro coche.

»Por tanto, los cantares renovemos  
de Febo, en quien ponemos la esperanza;  
nuestro conservador, por quien podemos  
no temer de los hados la mudanza.  
Vino en el fuego santo derramemos,  
y mientras yo pronuncio su alabanza  
el vino derramando en sus altares,  
mis voces repetid y mis cantares:

»Febo, ya estés de nieve rodeado  
de Licia en el collado Patareo;  
ya en Troya, do serviste al rey osado  
y donde el mundo te llamó Timbreo;  
ya en el materno Cintio levantado,  
que cubre con su sombra el mar Egeo,  
o ya de tu Castalia en la corriente,  
pues no Delo te agrada solamente;

»¡Oh tú, que de enemigos victorioso  
con flechas de tu aljaba siempre fuiste,  
y por favor el cielo piadoso  
de eternas flores tus mejillas viste;  
tú, que a pesar del hado, el fin dudoso  
presente ves cual lo pasado viste,  
y antes que vengan sabes sus efetos,  
y de Júpiter sabes los secretos;

»tú, que sabes del hilo de la vida  
cuándo han de echar las Parcas la tijera,  
cual año es de cosecha más florida,  
cuál reino apunta la cometa fiera;  
no vio Marsias tu citara vencida,  
ni tu madre el castigo en Ticio espera  
que en su honor y en venganza del delito  
extiendes en la arena de Cocito;

»Tu siempre victoriosa armada mano  
dió la muerte a Pitón, y a la tebana  
soberbia madre, orgullecida en vano,  
castigo justo a su jactancia insana,  
porque abrasó tu templo soberano,  
Megera aflige, en tu venganza ufana,  
a Flegia, ayuno siempre en mesa llena,  
donde es mayor la hambre que su pena.

»Ten en memoria siempre, oh Sol piadoso,  
 este palacio tuyo, que algún día  
 te sirvió de hospedaje venturoso,  
 honra que lo ennoblece todavía;  
 con rostro alegre y con amor piadoso  
 a estos campos de Juno amparo envía,  
 flechero poderoso, Apolo santo  
 que en tierra, infierno y cielo puedes tanto.

»O rosado Titán llamarte quieras,  
 cual de Aquemenia te llamó la gente  
 u Osiris, cual de Nilo en las riberas  
 te llaman los que beben su corriente.  
 O cual de Persia entre las gentes fieras  
 que adoran por su dios tu llama ardiente,  
 te llames Mitra, y con rigor eterno  
 tuerzas del toro el indomable cuerno.»

### Variantes textuales del libro I

- (argumento) Jesifonte *AB* : Tesifonte *ab*  
 1,7 su : la *a1*  
 4,5 Sémel : Sémele *a*  
 7-10 *omite a* : 7-11 *omite b*  
 8,7 se : te *Gil*  
 9,7 Llivias : lluvias *Gil* (cf. Pliadum)  
 28,6 serpientes : cerastas *a2*  
 28,8 ardientes aguas : las aguas tristes *a1*  
 29,3 ni ardiente exhalación con fuerza tanta : ni estrella errante con presteza tanta *a1*  
 33,3 atravesara : pisa la furia *a1*  
 36,1 culebra : serpiente *a2b*  
 38,4 Heta : Eta *a*  
 45,3 molesta : funesta *a1*  
 45,8 bello : rico *a1*  
 49,4 con : en *a1*  
 51,8 otro : uno *a1*  
 53,1 ya Polinice : y Polinice ya *a1*  
 53,1 la : su *a1*  
 53,2 el imperio negó, su : privó del centro infausto ya *a1*  
 53,5 mas : y *a1*  
 54,1 ya *AB* : ya a *ab*  
 78,7 Tebas lo pague : a Tebas culpo *a1*  
 79,5 siempre : un tiempo *a1*  
 83,3 Heta *AB* : Geta *ab*  
 90,3 pasar allende por su : le prohíbe pasar la *a1* : el poder traspasar su *b*  
 90,4 le prohíbe el : que guarda el triste *a1*  
 91,5 el reinar sólo : esto sólo *a1* : sólo reinar *b*  
 93,8 cortando nubes : las nubes deja y *a* : rompiendo nubes *b*  
 94,1 y de : por la *a1* : ya de *b*  
 94,2 vagando : errando *a1* : confuso *b*  
 94,2 desierta : infelice *a1*  
 97,1 y mientras llega el : en tanto pues que al *a1*  
 97,2 ir a pasarlo en Argos determina : el espacioso Apolo se avecina *a1*  
 97,3 o en Micenas, do el Sol, avergonzado : porque ha de estar de Tebas desterrado *a1*  
 97,4 un tiempo les negó su luz divina : ir a Micenas o a Argos determina *a1*  
 97,6 Erimnis (cf. Erinis)  
 98 Nota: ojo. Sus huesos se convirtieron en peñascos ...as contiendas. *a*  
 98,2 aulladoras : furiosas *a1*  
 99 Nota: excede a Estacio *a*

- 106,6 Alquilón : Aquilón *abA*  
 114,5 le opone : atraviesa *a1*  
 117,2 el ancho zaguán : un ancho portal *a1*  
 119,5 avisa lo futuro : lo futuro avisa *a1*  
 129,1 con antorchas : de la noche *a1*  
 129,2 por el alto palacio discurriendo : con mustia luz la obscuridad venciendo *a1*  
 129,3 de los que perturbaron su sosiego : con nueva admiración del furor ciego *a1*  
 129,4 estrago : efecto *a1*  
 129,5 encendidos en ... en ... en : llenas mira de ... de ... de *a1*  
 134,5 rabiosas : también dos *a1*  
 135,3 si no ha embotado : o si no embota *a1*  
 135,8 ya : pues *a1b*  
 136,7 error : honor *a1*  
 141,6 despojo : pellejo *a1*  
 141,8 inculta : la inculta *a1*  
 143,1 y cerdosa piel (sobra 1) *a2AB* : al contrario *a1* : terrible piel *a2 al margen* : cerdosa piel  
*b*  
 143,2 con que apenas cubrir los hombros pudo : el pellejo del puerco que en un punto *a1*  
 143,3 de un fiero jabalí que retorcido : en Calidonia en daño suyo vido *a1*  
 143,4 muestra en casa mejilla el diente agudo : con el valor de todo el mundo junto *a1*  
 143,5 fue en Calidonia en grande honor tenido : que habiendo un tiempo de Atalanta sido *a1*  
 143,6 y por blasón de su real escudo : lo volvió a Meleagro, y el difunto *a1*  
 143,7 padre : hijo *a1*  
 146,3 movimiento : pensamiento *a1*  
 155,8 Acestes (por la variante Acestes *Theb.* 1, 529; cf. Acaste)  
 163,5 celestiales : inmortales *a1*  
 165,4 santa : vana *a1*  
 166,1 Fitón : Pitón *a*  
 166,3 roscas rodeaba : alas abrazaba (desplegaba *a2*) *a1*  
 166,7 cubierto : cubierta *Gil*  
 169 Nota: Esta hija de Crotopo se llamaba Psamate y de ella una fuente junto a Tebas *a*  
 172,4 halagara *AB* : alegara *ab*  
 174,1 lino *a1AB* : Lino *a2* : sino *b* (Nota: ojo, consulta *a2*)  
 174,4 hojas le : sus hojas *a1*  
 184,2 en el paso : y en tal *a1*  
 184,3 de un asta veloz que le ha tirado : le puso, que una lanza le ha hincado *a1*  
 184,5 el hierro todo : y todo el hierro *a1*  
 190 Nota: Peste que asadió el licenciado Juan de Arjona. Las 16 estancias que siguen es sacada parte de ellas del primer acto de la tragedia Edipo de Séneca, chorus etc. *a*  
 199,7 recato : vergüenza *a1*  
 200,5 *no se entiende Gil*  
 211,3 perece : padece *a1*  
 213,5 este : mi *a1*  
 214,5 aqeste globo que inficiona el viento : vuelen tus flechas ya, pero este viento *a1*  
 214,6 sobre Argos detenido : que el suelo ha destruído *a1*  
 214,7 aparte : apartes *abA*  
 217,5 y vos puesto : vos también pues *a1*  
 217,6 quién sois y a qué venís saber deseo : que en la lengua mostráis no ser aqueo *a1*  
 217,7 ya que es esta : quién sois, que es *a1*  
 227,1 sabes del hilo : las Parcas ... vendida *a1*  
 227,2 cuándo han de echar las Parcas la tijera : sabes c. h. d. echarles la tisera *-sic- a1*  
 227,5 Marsias (cf. Lact. Plac. *ad Theb.* 1, 709)  
 228,1 victoriosa : poderosa *b*  
 228,2 Fitón : Pitón *a*  
 228,4 jactancia : soberbia *a1*  
 La *Tebaida* de Publio Papinio Estacio

## Libro II

### Argumento

Mercurio saca el ánima de Layo del infierno por una senda del monte Ténaro, que es promontorio de Laconia. Llega a Tebas hasta el palacio del rey Eteocle, que está durmiendo, y tomando Layo la forma de Tiresias, adivino, le amonesta que se arme contra su hermano y resista a la pretensión que trae del reino. Adrasto en Argos ofrece sus dos hijas en casamiento a Polinice y Tideo. Celébranse los desposorios de Polinice con Argía y de Tideo con Deífle, y entrando en el templo de Minerva se manifestaron ciertos agüeros desgraciados, de que fue causa el collar de Harmonía, que llevaba puesto Argía. Píntanse los efectos y origen de este collar. Después de acabadas las fiestas, Polinice, con deseo de reinar, platica con Argía y su pretensión, y aunque ella se lo estorba, se resuelve en ello y de pedir el reino a su hermano; y con parecer de Adrasto y su consejo sale Tideo con esta embajada. Siendo mal recibido y negada su pretensión, se vuelve amenazado de guerra a Tebas. Eteocles manda que le salgan a matar cincuenta soldados de noche. Hacen la emboscada junto a la peña de Esfinge, donde le acometieron. Tideo los vence a todos, quedando sólo Meonte, adivino, el cual lleva las nuevas a Tebas, y Tideo, alegre de su victoria, cuelga todos los despojos de una encina, y canta un himno en alabanza de Minerva, a quien lo dedica.

Llevando del gran Jove el mandamiento  
de Maya el hijo alado, deja en tanto  
las sombras y lugares del tormento,  
lleno de horror, de confusión y llanto  
donde un inficionado y triste viento,  
que del callado reino del espanto  
nace, sopla en sus alas flojamente  
que céfiro jamás allí se siente.

De nubes perezosas rodeado,  
no ya tan presuroso el paso mueve;  
que un húmedo vapor turbio y helado  
humor pesado entre sus alas llueve;  
ya estorba su camino comenzado  
Estige, que humedece campos nueve,  
y ya, arrojando llamas de sus senos,  
Cocito y Flegetón, de espanto llenos.

Sigue tras de él la sombra temerosa  
del viejo rey tebano, aun todavía  
por su antigua herida perezosa,  
por quien dolor eterno padecía  
desde que con espada rigurosa  
su hijo mismo aquel infausto día  
la vida le quitó, con cuya injuria  
sufrió de Tesifón la primer furia.

Va al fin, y del alado mensajero  
la vara el paso débil le ha alentado;  
déjase atrás el bosque horrible y fiero,  
sólo de tristes almas habitado  
y en ver que vuelve al mundo tan ligero,  
el mismo bosque se quedó pasmado,  
y la tierra, que abierta atrás se deja,  
se admira en verse tal y que el se aleja.

La Envidia, aun entre muertos atrevida,  
sembró entre aquellas sombras su veneno;  
que envidiosas miraban su salida  
las tristes almas del tartáreo seno;  
y alguno, que viviendo en esta vida  
le afligió el corazón el bien ajeno,

de envidia lleno, suspirando en vano,  
dijo a la sombra así del rey tebano:

«Ve, sombra venturosa, o ya llamada  
del mismo Jove soberano seas,  
o vengativa Erinis, enojada  
te apremie a que la luz del cielo veas,  
o ya de sus conjuros ayudada,  
tésala maga, con palabras feas  
del sepulcro te saque, venturosa;  
que al fin verás del Sol la luz hermosa.

»Vuelve dichosa a ver del santo cielo  
las estrellas hermosas y regado  
de puras fuentes el alegre suelo,  
de bellísimas flores matizado;  
mas poco gozarás de ese consuelo:  
que al fin, del mundo en vano deseado,  
volverás a vivir en llanto eterno  
entre aquestas tinieblas del infierno.»

Llegando ya a las puertas infernales,  
sus pasos siente el velador Cerbero,  
que de la ciega puerta en los umbrales  
estaba recostado, horrible y fiero.  
Ladrando, lleno de iras inmortales,  
tres bocas abre el infernal portero,  
tres negros cuellos alza, el pelo eriza  
y al pueblo que va a entrar atemoriza.

Los huesos esparcidos por la tierra  
de humanos cuerpos trilla con estruendo;  
pero Mercurio aquel furor destierra  
tocando con la vara al monstruo horrendo,  
tres cuellos inclinó, seis ojos cierra,  
tres lenguas enmudece y no pudiendo  
al sueño resistir, que ya le oprime  
en lugar de ladrar, durmiendo gime.

Hay un monte de altura no creída,  
que Ténaro llamó la gente griega  
donde Malea espumosa su temida  
cumbre, de nadie vista, al cielo entrega;  
nunca de aguas o vientos ofendida  
que nunca el agua o viento al cielo llega;  
y así mira sereno el monte exento  
llover las nubes y bramar el viento.

En su cumbre, de alguno no pisada,  
descansa de luceros muchedumbre;  
los fatigados vientos su morada  
pusieron, mas abajo de su cumbre  
la falda está de nubes rodeada,  
por do pasan los rayos con su lumbre;  
no hay ave que a su cumbre haya subido  
ni aun llega allá de truenos el ruido.

Mas hacia donde el Sol, cuando declina  
del monte sobre el mar la sombra alarga,  
y nadando parece que camina  
al paso que va el Sol, siempre más larga;  
en un seno que forma en la marina  
tan altas olas quiebran de agua amarga,

que parece, aunque el puerto se las bebe,  
que a igualarlas el monte no se atreve.

Aquí, del mar Egeo fatigados,  
(como en lugar oculto y más caliente),  
sus caballos sacar suele mojados  
el gran rector del húmedo tridente,  
caballos poderosos y alentados  
en brazos, en cabeza, en pecho y frente,  
y desde el medio cuerpo al fin postrero  
peces de escama y conchas como acero.

De aquí es fama que va al tartáreo seno  
un oculto camino no pisado  
lugar de sombras amarillas lleno,  
de espíritus desnudos ocupado,  
donde labran las furias su veneno:  
y Plutón, que estos reinos ha heredado,  
ve llenos sus alcázares vacíos  
de negros y funestos atavíos.

Mil veces del infierno los clamores,  
en medio de estos campos se han oído,  
si dicen la verdad los labradores  
de Arcadia, de quien esto se ha sabido;  
los gemidos de penas y dolores  
de las furias las voces y el ruido  
en medio oyeron del sereno día  
y en el silencio de la noche fría.

Muchos, que los ladridos escucharon  
del triforme infernal portero airado,  
huyeron los gañanes, y dejaron  
los bueyes en el campo y el arado;  
por aquí, pues al mundo al fin llegaron  
el rey de Tebas con el Dios alado  
las nubes del infierno sacudiendo,  
obscuras sombras que le van siguiendo.

Con vivos aires del alegre suelo  
serena el rostro, y mueve presuroso,  
con el silencio de la Luna, el vuelo  
por medio del Arturo perezoso:  
lleno de olvido y sin ningún recelo  
encontró con el Sueño poderoso,  
que echado flojamente en negro coche,  
llevaba los caballos de la Noche.

Al punto se levanta, y bostezando,  
el carro aparta, y con honor divino  
reverencia a Mercurio y en pasando,  
vuelve a acostarse y sigue su camino;  
tras del alado Dios pasa volando  
el rey tebano, al suelo mas vecino,  
mirando de los cielos las estrellas,  
y su principio conociendo en ellas.

Deja atrás la alta Cirra levantada,  
y con dolor en Fócida suspira,  
viendo que de la sangre está manchada  
de su cuerpo, que aun no enterrado mira,  
al fin, de Tebas llega a su morada,  
y luego el paso del umbral retira,

reacio, por no entrar con mil gemidos  
donde están sus penates conocidos.

Al fin entró, mas luego que colgado  
vio su famoso arnés, y en su presencia  
su carro, aún con su sangre matizado,  
aquí perdió del todo la paciencia;  
turbado vuelve atrás, tan enojado,  
que apenas resistió tanta licencia  
la vara que a Mercurio abre el camino  
ni el mandato de Júpiter divino.

La fiesta acaso entonces había sido  
a Baco dedicada desde el día  
que Júpiter el hijo, aún no nacido,  
al muslo suyo trasladado había  
y así, el pueblo tebano entretenido,  
gastaba, sin dormir, la noche fría  
en regocijos de uno y otro juego  
rompiendo su silencio y su sosiego.

Coros del pueblo alegre, derramados  
por calles, plazas, campos, fuentes, ríos  
se ven a cada paso recostados  
entre frascos de vino ya vacíos;  
llenos del dulce Baco, y ya cansados  
de vencer en su honor mil desafíos,  
tendidos, descuidados y anhelando,  
por todo el cuerpo al mismo dios sudando.

àyense de zamponas los acentos,  
música sólo usada en fiestas tales  
y de liso metal mil instrumentos  
que vencen sonorosos atabales,  
ofrece el Citerón frescos asientos  
a las tebanas madres bacanales,  
que discurren por él más sosegadas.  
de vino más doncel embriagadas.

Tales de Osa en los valles se hallaron,  
o en Ródope nevado, los bistones  
cuando en grande concurso se juntaron  
a algún banquete en varias ocasiones,  
para el cual de la boca arrebataron  
medio vivo el manjar a los leones,  
usando por bebida regalada  
sangre con nueva leche aderezada.

Pero si Baco enciende con su fuego  
alguna vez sus pechos inhumanos,  
volar tazas y piedras se ven luego  
y sangre derramar de sus hermanos;  
y ya que han aplacado el furor ciego  
con ver sangrientas sus airadas manos,  
en la mesa de sangre humedecida,  
renuevan más alegres la comida.

En noche y ocasión de fiesta tanta,  
en pueblo tan alegre y descuidado,  
entró el cilenio dios con libre planta  
del palacio real al rico estrado,  
en reverencia de la fiesta santa  
con tapetes de Asiria aderezado

donde el rey, retirado de la gente,  
durmiendo estaba descuidadamente.

Oh ciego y torpe entendimiento humano,  
y de sus hados ignorante y rudo.  
Que sin recato alguno está ¡qué ufano!,  
pues que puede dormir y comer pudo,  
la sombra, pues, del viejo rey tebano,  
contra sus nietos mensajero crudo,  
el divino precepto obedeciendo,  
se llega adonde el rey esta durmiendo.

Y porque de sus males ignorante,  
no imaginase, sepultado el vino  
que era, a sueño engañoso semejante,  
vana fantasma que a engañarle vino,  
la voz fingió, y sin ojos el semblante,  
del gran Tiresia, en Tebas adivino,  
no el pálido color ni barba cana,  
que ese él lo tuvo en su vejez anciana;

pero finge el ornato y la persona,  
la venda a los cabellos rodeada,  
y de pálida oliva una corona  
siempre del viejo sacerdote usada;  
y como sacerdote que pregona  
de los hados la voz con lengua osada,  
parece que en el pecho un ramo ha puesto,  
que abre la boca y que pronuncia aquesto:

«No es tiempo de dormir, recuerda luego  
¡Oh flojo y descuidado rey tebano!  
que de la noche gastas el sosiego  
en el lecho, seguro de tu hermano.  
Deja ya el sueño perezoso y ciego;  
que ha mucho que te llama el hado insano.  
gran novedad te espera, y no lo sabes,  
grandes empresas y negocios graves.

»Y tú, como piloto descuidado,  
que en medio del mar Jonio mal seguro,  
cuando más lo alborota el Austro airado  
en el cielo poniendo un velo obscuro,  
reposa y el timón deja olvidado,  
sin prevenir remedio al mal futuro  
¿Tan descuidado duermes, olvidando  
las armas que te están amenazando?

»Tu hermano, según fama, ya insolente  
del nuevo casamiento no esperado,  
fuerzas adquiere y apercibe gente  
para quitarte el reino deseado.  
¿Quién se lo ha de estorbar, si osadamente,  
de tantos escuadrones rodeado,  
en la silla que pide, y tuya ha sido  
descansada vez se ha prometido?

»Su atrevimiento anima y su deseo  
su fatal suegro, Adrasto poderoso,  
y la argiva nación, donde Himeneo  
le ha dado dote rico y venturoso.  
No esperanza menor le da Tideo  
de verle rey de Tebas, deseoso

desde que de amistad le dio la mano,  
manchada con la sangre de su hermano.

»De aquesto sólo la ambición le viene,  
que lejos ya del reino te destierra;  
mas el amor, y la piedad que tiene  
el padre de los dioses a esta tierra,  
porque su gran soberbia se refrene  
en el rigor de la vecina guerra,  
me manda a ti venir para que vivas  
recatado y con tiempo te apercibas.

»Del fiero hermano la ciudad defiende,  
osa lo que ha de osar si a reinar llega;  
goza tú solo el reino que pretende,  
pues la codicia de reinar le ciega;  
y no a las redes que a tu vida tiende,  
no a sus engaños tu corona entrega,  
no sufras que de Cadmo en las almenas;  
a ser reina con él venga Micenas.»

Dijo; y porque mostraba ya marchita  
su luz con la del Sol cada lucero,  
venda y corona de la frente quita  
y muestra ser su abuelo verdadero  
y echando, al parecer, sangre infinita  
por la herida que encubrió primero,  
sobre el dormido y descuidado pecho  
del nieto injusto, se acostó en el lecho.

Rómpese el sueño, y de sudor bañado  
recuerda el rey, y con medrosa mano  
llega a tentarse el pecho no mojado,  
la vana sangre sacudiendo en vano;  
ya del abuelo huye alborotado,  
y ya buscando el enemigo hermano,  
tal ira y rabia tal su pecho encierra,  
que ya quisiera comenzar la guerra.

Tal, si de cazadores el ruido  
tigre parida oyó desde su cueva,  
rabia, y el sueño torpe sacudido.  
las uñas temple y los colmillos prueba;  
y habiéndolos después acometido,  
medio vivo en la boca uno se lleva  
a ser, que nadie su furor resiste,  
de sus hijuelos alimento triste.

Ya del albergue de Titón saliendo,  
ahuyentaba la tiniebla fría  
la Aurora, y todo el campo humedeciendo,  
los mojados cabellos sacudía:  
y tanto su beldad iba creciendo  
con la lumbre del Sol, que le seguía,  
que parece por todo el horizonte  
lleno de oro y rosas cada monte.

Con ella en un caballo perezoso,  
cubierto de carbunclos de oro y grana  
sale el lucero alegre y amoroso,  
con su vista alegrando la mañana;  
y cuando ya del todo el Sol hermoso  
la luz prestada le quitó a su hermana,

cubrió la alegre suya flojamente,  
las espaldas volviendo al rojo Oriente;

cuando de Talaón el hijo anciano  
en Argos deja el perezoso lecho,  
y luego el calidonio y el tebano,  
alegre cada cual y satisfecho:  
que cansados de haber con dura mano  
el uno al otro mil agravios hecho,  
el Sueño, lleno de oportuno olvido.  
sobre ellos todo el cuerno había vertido.

Poco el argivo rey dormido había,  
de un cuidado importuno fatigado,  
que siempre a la memoria le traía  
el hospedaje nuevo comenzado  
del cielo los misterios revolvió  
y el no esperado fin del libre hado;  
y así tuvo en su pecho poco abrigo  
el sueño, de cuidados enemigo.

Después que juntos otra vez se vieron,  
habiendo con debida reverencia  
saludado al buen rey, los dos se dieron  
las manos otra vez en su presencia;  
y al fin a un aposento oculto fueron,  
do suele el rey tener secreta audiencia,  
y habiéndose sentado el viejo sabio  
movió primero de esta suerte el labio:

«Nobles mancebos, a quien ha ofendido  
el rigor de los vientos enojosos  
no la confusa noche os ha traído  
sin orden de los cielos poderosos;  
que Febo estos nublados ha movido,  
lluvias mezclando y rayos luminosos,  
porque el rigor de aquesta noche fuese  
la causa que a mis reinos os trajese.

»No en Grecia tan humilde soy, ni creo  
que es tan poco mi nombre conocido,  
que ignore alguno en todo el reino aqueo  
cuántos mi parentesco han pretendido;  
que herederas del cetro que poseo  
dos hijas me dio el cielo que han crecido  
con favorable estrella, que asegura  
alegres nietos a mi edad madura.

»Cuánta su gravedad y cuánta sea  
su honestidad, de hermosura llena,  
pudisteis ver (al padre no se crea)  
de aquesta noche en la pasada cena;  
de éstas el dulce tálamo desea  
el príncipe más rico, el rey que enfrena  
más pueblos y adquirió más heredades,  
más campos labra y goza más ciudades.

»Largo fuera contar del reino aqueo  
cuantas madres por nueras las quisieron,  
y cuánto Evalio, príncipe, o fereo  
su casamiento en vano pretendieron;  
no tantos yernos despreció tu Eneo  
ni Enomao cruel, a quien hicieron

suegro temido a mil competidores,  
sus pisanos caballos voladores.

»Pero no lo permite el libre hado  
que rey de Elide o príncipe espartano  
aunque con mil industrias procurado,  
de este bien goce, pretendido en vano,  
sólo para vosotros ha guardado  
esta ventura el cielo soberano  
que este reino, mi sangre, y más si puede,  
el orden de los hados os concede.

»Gracias doy a los dioses inmortales,  
que sus respuestas han favorecido:  
pues no esperados a mi casa tales  
de sangre y de valor, habéis venido.  
aqueste bien de los pasados males  
el rigor de esta noche os ha adquirido,  
y esta de vuestra sangre derramada  
es la paga y merced no imaginada.

Ya que atentos y alegres escucharon,  
en tanto que esto el noble rey hablaba,  
mudos el uno al otro se miraron  
por ver el responder a quién tocaba  
callando un breve espacio, porfiaron  
que aquel honor el uno al otro daba,  
y al fin Tideo en todo más osado  
esta respuesta al sabio rey ha dado:

«Oh cuán escaso, oh noble rey, te ha hecho  
tu edad madura en pregonar tu fama!  
¡Oh cuanto tu virtud doma en tu pecho  
la fortuna, que al cielo te encarama,  
aunque no es mi alabanza de provecho!  
¿Que rey, en cuanto el sol su luz derrama,  
aventajarse a tu grandeza puede?  
¿Quién en imperio y majestad te excede?

»Quién ignora en el mundo que tuviste  
tu antiguo Sición, reino heredado  
donde querido de los tuyos fuiste  
y de los extranjeros respetado,  
hasta que a gobernar a Argos viniste  
pueblo siempre en el mal desenfrenado,  
donde tus leyes son freno seguro,  
que en paz gobierna siempre el pueblo duro?

»Y ya pluguiera al cielo sacrosanto  
que sólo rey de toda Grecia fueras,  
y que del Istmo gobernaras cuanto  
junta y aparta el mar con dos riberas  
que no Micenas se infamara tanto  
ni al Sol huyendo de ella visto hubieras  
ni estuviera manchada, horrible y fea  
con tanta sangre la campaña Elea.

»Ni otro algún reino hubiera padecido  
el rigor de las furias inhumano.  
como, mejor que yo, puede haber sido  
testigo el noble príncipe tebano,  
con alma al fin y pecho agradecido  
oh sabio rey, ponemos en tu mano

la voluntad, que ya por tuya tienes  
porque de entrambos a tu gusto ordenes.»

Aquesto dijo; y Polinice luego  
Del gran Tideo el parecer aprueba  
¿Quién, dice, podrá ser tan loco o ciego,  
que a tales suegros despreciar se atreva?  
y aunque a los dos con tal desasosiego  
huyendo de la patria el hado lleva  
que apenas da lugar donde el contento  
en nuestras almas tenga algún asiento;

Mas ya, aunque siempre ha estado tan asido  
a nuestros pechos el dolor, nos deja  
que el bien que tu bondad nos ha ofrecido  
cualquier tristeza y pesadumbre aleja;  
y no menor nuestro consuelo ha sido  
que el de la nave a quien el viento aqueja  
en medio el mar, y al fin de su fatiga  
llega a seguro puerto en tierra amiga.

»Así que por dichosos nos tenemos  
de haber en este reino tuyo entrado  
con tan buenos agüeros, pues habemos  
lo que nunca esperamos alcanzado,  
con bien o mal, en guerra o paz, queremos  
vivir en tu fortuna en cuanto el hado,  
ya nos sea favorable o ya enemigo.  
vida nos diere que gastar contigo.»

Sin detenerse más, aquesto oyendo,  
el noble padre alegre se levanta,  
sus abrazos a entrambos ofreciendo,  
que lazos han de ser de amistad santa;  
sus promesas confirma, prometiendo  
de armas, gente y dinero ayuda tanta,  
que el uno y otro, ya más animoso,  
verse espera en su patria victorioso.

El cuento al punto en Argos se ha sabido,  
que toda la ciudad corrió ligero,  
y en alegres corrillos esparcido,  
el caso cuenta el vulgo novelero.  
Dicen que al rey dos yernos le han venido  
de gran fama valor, y que al primero  
ya por esposa prometido había  
el noble Adrasto a la hermosa Argía;

y que al segundo ofrece por esposa,  
no menos bella o menos alabada,  
a Deífile, honestísima y hermosa,  
de ya madura edad para casada.  
Vuela al punto la fama presurosa,  
publicando la nueva deseada  
de los pueblos amigos en las calles  
y en los vecinos comarcanos valles.

A los montes partenios y liceos,  
aunque apartados, brevemente llega,  
con los nunca esperados himeneos,  
y lo que allí publica aquí lo niega;  
a los valles y campos efíreos,  
ya con más variedad la nueva entrega;

al fin por Tebas se entra alborotada,  
llena de más horror y más turbada.

Las alas en sus muros bate apriesa,  
atemoriza al vulgo, al rey espanta,  
pues semejante al sueño, la promesa  
del reino, el hospedaje y bodas canta;  
llena de horror, las calles atraviesa  
¿Quién a un monstruo le dio licencia?  
¿Qué nueva furia es ésta de la tierra?  
apenas llega, y ya publica guerra.

Ya de las bodas el alegre día,  
tanto del pueblo argivo deseado,  
llena de gente la ciudad tenía,  
que a ver la rica fiesta se ha juntado;  
crece el tumulto, el pueblo no cabía  
en el real palacio, aderezado,  
donde los simulacros se pusieron  
de antiguos reyes que en la tierra fueron.

Allí, a pesar del tiempo fugitivo,  
llena la antigüedad de verdad era,  
pues más de un (ya pasado) rey argivo,  
sin nombres, pudo conocer cualquiera;  
que, aunque de bronce, estaba tan al vivo  
que con lo vivo competir pudiera;  
dicen los rostros lo que no los nombres:  
tanto pueden las manos de los hombres.

Sobre la urna Inaco sentado,  
con dos cuernos, disforme, horrible y feo  
está, y el viejo Jasio, y a su lado  
el agradable y sabio Foroneo;  
vese el guerrero Abante, y enojado  
con Júpiter, Acrisio, a quien Perseo  
en piedra convirtió con ira inmensa,  
vengando de su madre así la ofensa.

Del bravo Dánao, con sus yernos crudo,  
la fiera imagen tan al vivo estaba,  
que de ella conocer cualquiera pudo  
que alguna gran maldad imaginaba;  
Corebo, que fue de Argos firme escudo,  
parece que la espada desnudaba.  
Vense, sin éstos, otros mil famosos  
reyes y capitanes valerosos.

Del vulgo entra la turba sediciosa  
llena de confusión, rumor y estruendo,  
cual agua detenida que, furiosa,  
rompe el estorbo y sale al fin corriendo.  
La gente más granada y poderosa  
estaba junto al rey, primero habiendo  
a cada uno dado al rey licencia,  
según su calidad y preeminencia.

El lugar del palacio más oculto  
están los sacerdotes ocupando,  
y en los altares, con divino culto,  
está el fuego sagrado humeando,  
en otra parte el mujeril tumulto  
la deseada fiesta celebrando,

con mayor gravedad y más decoro  
hace (corona casta) alegre coro.

Aquí, de honestas madres rodeadas,  
las doncellas se ven, que unas diciendo  
están la nueva ley a que obligadas  
quedan, el nuevo estado obedeciendo;  
la obediencia y la fe que las casadas  
deben a sus maridos, y otras, viendo  
su pena y turbación, las aseguran  
y sus temores aplacar procuran.

Las dos, entre casadas y doncellas,  
venerables de rostro y de vestido,  
callando están, y sus mejillas bellas  
de un rosado color se habían teñido,  
que aumenta más la hermosura de ellas,  
aunque es color de su temor nacido,  
fe cierta, último amor, secreta nube  
de su virginidad, que al rostro sube.

Hace la confusión clara apariencia,  
aunque el miedo en los pechos la sepulta;  
que pensando que es culpa su inocencia,  
confunde el rostro una modestia oculta;  
y al fin, hallando poca resistencia  
el temor, tierno llanto de él resulta;  
pero alegran sus lágrimas en tanto  
al padre, enternecido con su llanto.

No de otra suerte Palas y Diana  
se pueden ver, si el estrellado cielo  
dejan alguna vez, y les da gana  
de descender a vuestro humilde suelo;  
que con sus armas cada cual ufana,  
cubierta cada cual de un rojo velo,  
ambas fieras, aquélla a su Aracinto,  
y ésta sus ninfas lleve al monte Cinto.

Y si a vista mortal se concediese  
mirarlas, afirmar nadie pudiera  
cuál más honesta o más hermosa fuese,  
más parecida a Jove o más severa;  
y sin alguna duda, si las viese  
con las armas trocadas ¿qué dijera?  
que a Palas le parece bien la aljaba  
y que a Diana el yelmo bien le estaba.

En cada casa están con alegría  
el sordo cielo importunando en vano  
porque en cada lugar se concedía  
sacrificar al cielo soberano;  
y alguno, que en ofrenda dado había  
el animal ya muerto por su mano,  
contempla sus entrañas, y procura  
saber por ellas la verdad futura.

Otro en desnudo altar incienso ofrece  
no menos de los dioses recibido;  
que mucho un limpio corazón merece,  
y siempre de los dioses es oído.  
Otro alegre las puertas enriquece  
de ramos y de flores que ha traído

de las selvas vecinas, que gimieron  
cuando herirse y destrozarse vieron.

Tal se hallaba la ciudad argiva,  
cuando un triste prodigio de repente  
(cual quiso alguna furia vengativa,  
que bien tanto en la tierra no consiente)  
con nunca visto sobresalto priva  
de aquel breve placer la alegre gente;  
y quitándole al vulgo su alegría,  
turbó las bodas y el solemne día.

Estaba de Larisa en las almenas  
un rico templo, a Palas dedicado,  
no menos estimado que el de Atenas  
ni menos de la diosa visitado,  
donde los padres de Argos y Micenas,  
de uso antiguo, de nadie quebrantado,  
al tiempo que casarlas pretendían,  
sus castas hijas presentar solían.

Sus cabellos aquí sacrificaban  
cual la antigua costumbre les obliga,  
y sus primeras bodas disculpaban  
con la diosa, de bodas enemiga.  
El rey, pues, y sus hijas aquí entraban,  
y otra gran multitud de gente amiga,  
haciendo todos el debido oficio  
en el usado siempre sacrificio.

Apenas al altar habían subido,  
cuando un escudo grande, que colgado  
estaba en lo más alto y había sido  
del fuerte Evipo en otro tiempo usado,  
cayó en el suelo con tan gran ruido,  
que retumbó del templo cada lado,  
las hachas apagando en un instante,  
fuego nupcial que ardiendo iba delante.

Vuelve el pie atrás la gente alborotada,  
que detenerse alguno fue imposible,  
cuando de alguna cueva desviada  
una trompeta resonó terrible.  
La gente al punto, del temor helada,  
vuelve a mirar al rey con vista horrible,  
casi diciendo, aunque con muda boca,  
que el triste agüero a las esposas toca.

Mas luego, porque al rey no es de provecho  
niegan todos el son terrible y fiero,  
aunque en lo oculto cada cual del pecho  
revuelve con temor el triste agüero.  
¡Oh cortes de los reyes, do se ha hecho  
hasta el vulgo ignorante lisonjero  
y donde siempre la lisonja oprime  
a la verdad, que siempre hollada gime!

Turbóse al fin aquel alegre día;  
mas ni milagro fue ni cosa nueva,  
pues ha nacido de un joyel que Argía  
(infausto don de su marido) lleva.  
Fue primero de Harmonía, que ya había  
visto de su rigor la primer prueba:

de otras después, que en desventura y llanto  
pararon por la fuerza de su encanto.

Terribles e infinitos son los males  
que del triste joyel han procedido  
y sólo contaré los principales  
porque es el cuento largo y muy sabido;  
mas primero diré de efectos tales  
cuál la ocasión tan poderosa ha sido,  
aunque para la historia que aquí toco  
fuerza será volver atrás un poco.

Dícese que Vulcano, no pudiendo  
disimular de Marte el adulterio.  
gran tiempo oculto padeció, gimiendo  
de su enemiga el riguroso imperio;  
y al fin sus redes sin efecto viendo,  
que acrecentaron más su vituperio,  
perdida ya del todo la esperanza,  
procuró traza nueva a su venganza.

Del adulterio y su deshonra había  
nacido Harmonía, y ya de edad madura,  
del casamiento se llegaba el día  
por Venus concertado en suerte dura,  
el dios celoso, pues, que pretendía  
vengarse en ella, a Venus asegura  
mandando que en su fragua se hiciese  
un joyel rico, que a su hija diese.

A labrar en efecto comenzaron  
el oro sus cíclopes codiciosos,  
y con manos amigas ayudaron  
los telquines, artífices famosos:  
y no ellos solos son los que sudaron,  
que, aunque en cosas mayores ingeniosos,  
quiso también el mismo dios Vulcano  
poner en su joyel su industria y mano.

Mezcla con esmeraldas que ha labrado,  
llenas de oculto fuego radiante,  
cenizas que en su yunque se han quedado  
cuando rayos fabrica al gran Tonante;  
y entre infaustas figuras que ha entallado,  
sobre más de un durísimo diamante  
puso el infame rostro de Medusa,  
cuya crueldad inmensa Libia acusa.

Del infausto joyel el oro fino  
(aunque no era de aquel que el Tago cría)  
era de aquel dorado vellocino  
que en Colcos tanto mal causó algún día,  
o del que a las Hespérides contino  
un terrible dragón guardar solía;  
oro de escamas duras, relucientes,  
que tienen los dragones en las frentes,

Entretejido con el oro bello  
lleno de alegre, aunque mortal veneno  
de Tesifón cortó el peor cabello  
de muerte y varias pestilencias lleno:  
echó la espuma de la Luna el sello,  
que mano astuta la cogió al sereno

de alguna muda noche y que se halla presente a tanto mal, y siempre calla.

No se halló presente Pasitea, ni Eufrosina ni Aglaye se hallaron; que mientras el joyel Vulcano arrea, el placer y el amor se retiraron, ira, llanto, dolor y muerte fea a la ciega Discordia acompañaron, porque ella puso su derecha mano y trabajó en el yunque de Vulcano.

Hizo Harmonía primero la experiencia que, casada con Cadmo, ambos sintieron del joyel enemigo la potencia, cuando en culebras convertir se vieron y dejando a su triste descendencia el reino suyo y el joyel, se fueron, los cuellos y los pechos alargando, de Iliria por los campos arrastrando.

De Jove estando Sémele preñada, desvergonzada y sin temor alguno, apenas del joyel se vio adornada, cuando entró a verla la celosa Juno, y en traje mentiroso disfrazada, dándole la ocasión tiempo oportuno, con su apariencia la engañó de suerte, que vengó sus agravios con su muerte.

Fue después de Yocasta poseído, triste reina tebana, sin ventura, que ufana del joyel mal conocido, su beldad aumentaba mal segura; mas, ay incauta, ¿para qué marido procuras aumentar tu hermosura? Ay desdichada, que el joyel te pones y para el propio hijo te compones.

Al fin en otras muchas, que sería cosa prolija detenernos tanto, sin reservar alguna, hecho había su triste efecto el poderoso encanto. Aqueste, pues, llevaba ahora Argía, amenazada ya de triste llanto; y, adornada con él, excede ufana el vil y pobre ornato de su hermana.

Vio acaso este joyel, aún no temido, la mujer de Anfiarao, de envidia llena, y luego ni a los juegos ha podido estar alegre, ni en la mesa o cena: sólo imagina ya, si concedido le fuera el joyel rico, prenda ajena, ¡Qué ufana que se viera! mas ¡ay triste! ¡qué poco del agüero el fin temiste!

¡Qué de muertes y estragos de tu gente deseas, qué de penas y dolores! ¡Qué de llanto y gemidos neciamente, debido galardón a tus errores! mas ¿qué tu hijo mereció, inocente, que ha de pagar sin culpa tus furores?

¿qué tu adivino esposo, a quien tu engaño  
buscó la muerte y procuró tu daño?

Después que ya del vulgo se acabaron  
las fiestas, los placeres y alegrías,  
pasadas ya las bodas, que duraron  
de juegos y banquetes doce días,  
de nuevo los cuidados comenzaron,  
lentos de mil temores y agonías,  
a afligir al tebano, y ya procura  
para cobrar su reino coyuntura.

Presente la memoria está en su pecho  
del infelice día en que excluido  
se vio de Tebas y a su hermano hecho  
(del reino que era de ambos) rey temido,  
cuando huyendo del paterno techo,  
a los que sus amigos habían sido  
dejó afligidos, sin defensa alguna,  
sujetos al rigor de su fortuna;

Y salió de ninguno acompañado,  
que aún una hermana suya, que atrevida  
llena de su dolor, con pecho osado  
le quiso acompañar en su partida,  
en el primer umbral había dejado  
llorando su destierro y su caída,  
donde pudo el dolor y su ira tanto  
que en las entrañas encerró su llanto.

Acuérdase de haber en aquel punto  
notado en sus vasallos la apariencia:  
cuál muy alegre y con su hermano junto,  
celebrando su suerte y nueva herencia  
cuál, afligido y de color difunto,  
le vio gemir en su forzosa ausencia,  
todo esto en la memoria revolvía  
sin descansar de noche ni de día.

Tiene la ira en su memoria asiento,  
crece el dolor con la esperanza larga,  
que es de los hombres el mayor tormento,  
más insufrible mientras más se alarga.  
Aquesto revolviendo el pensamiento,  
nube de confusión, pesada carga,  
se determina al fin con pecho osado  
de volver a su reino deseado.

Cual toro que el amado valle deja  
después que, victorioso su enemigo,  
la amada vaca le quitó, y lo aleja  
del campo de su bien y mal testigo,  
celoso brama y con dolor se queja,  
ausente de su vaca y campo amigo,  
hasta que nueva furia y sangre nueva  
la antigua fuerza en su cerviz renueva;

entonces, por vengar con pecho fiero  
su afrenta y su destierro mal sufrido,  
mejor de pie y de cuerno y mas ligero  
vuelve al ganado y campo conocido;  
témale el vencedor, y el ganadero,  
que conocerlo apenas ha podido,

viendo de nuevo en él fiereza tanta,  
atónito lo mira y de él se espanta:

Tal Polinice en su callado pecho  
atiza su dolor y su ira ardiente;  
mas su afligida esposa, que en el lecho  
siente su pena y sus congojas siente,  
haciendo de su abrazo un lazo estrecho,  
casi temiendo ya de verse ausente,  
ya que la Aurora a su balcón salía,  
así le dijo, suspirando, un día:

»¿Qué partida, qué nuevo movimiento  
(que de helado temor mi pecho cubre)  
siempre estás maquinando, bien lo siento;  
que nada a los amantes se le encubre,  
conozco tu importuno pensamiento,  
que tu misma inquietud me lo descubre;  
pues aun durmiendo, avivan tus gemidos  
veladores suspiros encendidos.

»Cuántas veces en lágrimas bañado  
este rostro, halló mano medrosa  
y cuánta en tal pecho alborotado,  
donde nunca el corazón reposa  
del inoportuno y velador cuidado  
la fuerza he conocido poderosa  
que mucho que a temer me obligue tanto  
suspiros, ansias, inquietud y llanto.

»No el juramento ni la fe quebrada,  
ni esta mi juventud pudo moverme.  
aunque al principio de mi edad dejada  
eternamente muda habré de verme:  
ni el lecho me ha movido, aunque obligada  
pudo ya en él el crudo amor hacerme  
pero tan poco en él dormido habemos,  
que aún apenas caliente le tenemos.

»Tu vida sola y tu salud me obliga:  
confieso mi temor y desventura,  
sólo a tierra (aunque patria) ya enemiga  
y desarmado vas ¿Quién te asegura?  
pues cuando buen efecto no consiga  
tu justa pretensión y mi ventura,  
claramente se ve que te habrás puesto  
a peligro de muerte manifiesto.

»La fama pregonera, que en olvido  
nunca tiene a los reyes, de tu hermano  
dice cuán ambicioso siempre ha sido,  
cuán difícil contigo y qué inhumano,  
y aún no entonces el año había cumplido;  
ahora ¿qué hará, que ya es tirano,  
de más rigor y más soberbia lleno,  
injusto usurpador de cetro ajeno?

»Y sin esto, adivinas de mis males  
(en más cuidado y confusión me han puesto)  
las entrañas de muertos animales,  
sacrificados para sólo aquesto,  
de algún nuevo dolor me dan señales,  
ya de las aves el cantar funesto,

ya alguna vez, en tanto que dormía,  
turbada imagen de noche fría.

No sin causa me acuerdo, vez alguna  
soñando, haberme Juno aparecido,  
que con mil apariencias importuna,  
a turbarme estas noches ha venido.  
¿Dónde vas, qué imperio, qué fortuna  
este nuevo furor te ha prometido?  
¿En qué fundada tu esperanza llevas?  
¿Qué mejor suegro has de hallar en Tebas?»

Con breve risa, aunque fingida en vano,  
con que el cuchillo a su dolor afila,  
a su esposa bellísima el tebano  
de su temor las causas aniquila;  
y bebiendo el aljófara soberano  
que por sus ojos el amor destila,  
tras mil besos y abrazos, en que esconde  
su pena y su dolor, así responde:

»Desata ¡oh solo bien del alma mía!  
de tu hermoso pecho el miedo helado  
que al fin mi pretensión y mi osadía  
han de llegar al puerto deseado.  
Vendrá sin duda el esperado día;  
olvida aunque importuno este cuidado  
que por ventura el cielo lo gobierna  
y es grave peso para edad tan tierna.

»Si el padre eterno que los cielos huella,  
la tierra mira y la razón ampara  
mire él mi causa y juzgue mi querrela  
que en su justicia mi defensa para  
y vendrá por ventura esposa bella  
el tiempo que en mi reino y patria cara  
ya sin temores, te verás ufana  
reina de dos ciudades soberana.»

Esto dijo: y con paso arrebatado  
va luego al aposento de Tideo,  
que tiene parte igual de su cuidado,  
y amigo y compañero en su deseo  
tanto ha podido amor que se ha trocado  
en inmensa amistad el odio feo,  
juntos de allí se fueron y despacio  
hablan al suegro Adrasto en su palacio.

Junta consejo el rey sabio y severo,  
y habiendo varios pareceres dado,  
todos determinaron que primero  
(porque aún no es enemigo declarado)  
vaya al tebano rey un mensajero,  
que en nombre del hermano desterrado  
le pida, pues el año ya es cumplido  
seguridad y el reino prometido.

Pide la empresa el calidonio dura,  
y ser embajador de ella se encarga,  
aunque estorbarlo Deífila procura,  
llorando en vano su partida amarga;  
mas, viendo que su padre le asegura  
de que la ausencia no será muy larga,

y que es seguro embajador se allana,  
rendida al justo ruego de su hermana.

Luego el viaje comenzó atrevido  
por ásperos caminos; y pasando  
mas de un arroyo lleno de ruido,  
y más de un monte y selva atravesando,  
a Lerna allega, que temida ha sido  
con la abrasada sierpe aún humeando,  
ya Nemea, en que apenas han osado  
acercar los pastores su ganado.

Por donde el Euro a Efires hace guerra  
se deja atrás el puerto sisifeo,  
y el agua, que enojada con la tierra,  
entre peñascos encerró Lequeo;  
pasaje halla en la empinada sierra,  
y dando prisa siempre a su deseo,  
a la ciudad que a Niso llora en vano  
y a Eleusis deja a la siniestra mano.

Ya de Teumeso la arboleda espesa,  
a quien Alcides tan famosa ha hecho,  
se deja atrás, y al fin se da tal priesa,  
que entra por Tebas con osado pecho;  
sus calles y sus plazas atraviesa,  
y al alcázar de Cadmo va derecho,  
donde al fiero Eteocles vio sentado,  
de armados escuadrones rodeado.

Oyendo diferencias de su gente,  
contra la ley y término del año  
justicia administraba injustamente,  
solicitando así su propio daño;  
mas el semblante y su orgullosa frente  
daba de su crueldad indicio extraño,  
pues sólo con mirar su horror, cualquiera  
que era traidor tirano conociera.

Hablando estaba acaso de su hermano,  
y lleno de ambiciosa confianza,  
llamando sinrazón su intento vano,  
celebraba con risa su tardanza,  
cuando mostrando en su derecha mano,  
ramo de oliva, y no derecha lanza,  
señal de embajador, a su presencia  
entra Tideo sin pedir licencia.

Párase en medio, y luego manifiesta  
su nombre y la ocasión de su venida;  
pero no con retórica y compuesta  
oración grave, humilde y comedida,  
que es nido de lenguaje, y así, aquesta,  
desnuda de hojas y atrevida,  
con alta voz y con soberbia mucha  
dice, y en tanto el rey rabiando escucha:

«Si hubiera fe en tu pecho, y si cuidado  
del concierto y promesa en ti viniera,  
en cumpliéndose el año concertado,  
tú mismo (que justicia y razón fuera)  
a tu hermano le hubieras enviado  
embajador que el reino le ofreciera

dejando luego sin tardanza alguna  
tu alegre reino y próspera fortuna.

»Y el pobre desterrado, que ha sufrido  
mil indignos trabajos por el mundo,  
volviera al fin al reino prometido,  
y descansara un año rey segundo,  
mas, porque dulce cosa siempre ha sido  
el amor de reinar (sueño profundo),  
vengo a pedirte, argivo mensajero,  
lo que debieras ofrecer primero.

»Ya el padre de Faetón del ancho cielo  
los signos ha corrido, y ya estuvieron  
lentos del sol los valles, ya del hielo,  
y obscuras sombras ocupar se vieron,  
después que ausente del paterno suelo  
tu pobre hermano, a quien los hados fueron  
tan rigurosos, afligido ha andado  
por no sabidos pueblos desterrado.

»Ya el mismo tiempo y la razón te obliga  
a pasar al sereno algunos días  
y a probar en tus miembros la fatiga  
de noches largas del invierno frías;  
vuelva tu hermano ya a la patria amiga,  
deja el palacio y salas, ya vacías,  
y pues has dado un año a Tebas leyes,  
ve ahora a obedecer a extraños reyes.

»Pon modo a tu alegría y tu riqueza,  
pues de oro rico y púrpura cubierto,  
reíste de tu hermano la pobreza  
mientras fue un año peregrino incierto.  
Aconséjote al fin que esa grandeza  
renuncies, pues cumpliendo así el concierto,  
su año apenas estará cumplido,  
cuando a tu reino vuelvas merecido.»

Así dijo: mas ya en su pecho airado  
estaba el rey el corazón ardiendo,  
cual sierpe a quien tiró pastor osado  
furiosa piedra y se aleja huyendo  
que el pecho de la tierra levantado,  
do larga sed estuvo padeciendo,  
su veneno y furor muestra enojada,  
en el cuello escamoso, boca airada.

«Si antes de ahora -dice- no tuviera  
de mi hermano el intento conocido  
y si tan manifiesta no me fuera  
la enemistad que siempre me ha tenido.  
bastante indicio de su pecho diera  
la arrogancia y furor con que has venido.  
Parece que en tu pecho al mismo tienes,  
tan bravo y lleno de arrogancias vienes.

»Si los muros de Tebas coronados  
batieran ya enemigos escuadrones,  
o en sus montes y campos ya abrasados,  
tremolando estuvieran sus pendones  
¿Qué más furor tuvieras si entre helados  
bistones o entre pálidos Gelones

estuvieras, hablaras por ventura  
con más comedimiento y más cordura.

»Pero no (porque al fin mandado fuiste)  
culparé tu furor y atrevimiento;  
mas pues tan a la clara descubriste  
de mi enemigo hermano el fiero intento,  
y lleno de amenazas me pediste  
el reino con furor libre y exento  
casi empuñando el hierro y vengativo,  
esto dirás al nuevo rey argivo:

»el cetro y el honor que a mí debido,  
por ser mayor de edad me dio la suerte,  
tengo con justa causa; lo he tenido  
y lo pienso tener hasta la muerte  
goza tú en tanto, pues dichoso has sido,  
de Argos, ciudad más rica, grande y fuerte,  
a ti amontone tus riquezas ella,  
dote famoso de tu esposa bella.

»Que yo ¿por qué a tu suerte venturosa  
he de tener envidia? en paz gobierna  
y en buen agüero tu ciudad famosa  
y cuanto baña la abrasada Lerna,  
reines en Grecia, al fin tierra dichosa,  
y haga el cielo tu ventura eterna;  
que yo con mi bajeza, rey tebano,  
sin envidiar tu gloria, estaré ufano.

»Yo los hórridos campos que humedece  
la humilde Dirce gozaré y la tierra  
cuya orilla ensangosta y enflaquece  
de Eubea el mar con tan eterna guerra;  
y en tanto que ese honor que te ennoblece,  
nuestra infamia y dolor de ti destierra;  
que yo que tanto bien no participo  
confesaré por padre al ciego Edipo.

»A ti Pélope y Tántalo, que han sido  
de la nobleza de tu esposa autores,  
o Jove, de quien ellos la han tenido,  
te ennoblezcan allá con sus favores;  
que una reina que en Argos ha vivido  
en la grandeza al fin, de sus mayores,  
¿cómo podrá venir de esa grandeza  
a sufrir de este reino la pobreza?

»Será razón que en el paterno techo  
nuestras hermanas por criadas tenga  
y aunque quiera humillar su altivo pecho,  
a ser humilde reina en Tebas venga?  
mi madre, a quien el llanto haya deshecho,  
¿Querrá que al lado suyo se entretenga?  
o ¿sufrirá que ofendan sus oídos  
de un suegro miserable los gemidos?

»El vulgo ya a mi imperio no pesado  
está hecho, y contento está en efeto  
y es vergüenza también que este Senado  
siempre a incierto señor esté sujeto.  
De él soy obedecido y respetado  
y yo también le trato con respeto,

y ha de ofenderle nuevo rey si viene,  
de quien ignora la intención que tiene.

»No reyes libres son, pero tiranos,  
los que un año gobiernan solamente,  
pues no perdonan sus avaras manos  
en cosa alguna la afligida gente:  
mira entre los confusos ciudadanos  
murmurando el rumor que ya se siente:  
¿Téngolos de entregar a quien ya ordena  
En su inocencia rigurosa pena;

»Airado, hermano, vienes, pero advierte,  
según el pueblo la afición me tiene  
que, aunque yo quiera el reino concederte,  
el Senado dirá que no conviene.»  
Más quisiera decir, pero de suerte  
(sin que haya quien su cólera refrene)  
la rabia al calidonio fue creciendo,  
que las palabras le atajó, diciendo:

»Daraslo a tu pesar, que ya te espera  
el castigo debido a tanta ofensa:  
darás el reino, digo, aunque estuviera  
de hierro duro un monte en tu defensa;  
y aunque con otro canto Anfión ciñera  
de tres murallas fortaleza inmensa  
esta ciudad, ni el fuego o hierro duro  
de nuestras manos te harán seguro.

»Y por aquesta espada vengativa  
(pues ya la paz de Tebas se destierra),  
que has de tocar con tu diadema altiva  
el duro suelo y abrazar la tierra  
pagarás con razón, que al fin se priva  
Tebas por ti, ocasión de aquesta guerra,  
de la paz que en sus campos hoy florece;  
pero esta pobre gente ¿qué merece?

»De ellos me pesa, oh rey piadoso y bueno,  
que han de perder sus hijos y mujeres,  
pues entregarlos, de injusticia lleno  
a tanto mal y desventura quieres.  
Tú si de sangre tinto, oh claro Ismeno,  
llena de muertes tu corriente vieres  
que es aquesta, dirás al Oceano,  
una gran impiedad de un rey tebano.

»Mas ¿qué me admiro, si el delito ha sido  
de padres y de abuelos heredado?  
¿Que ha de esperarse de quien ha nacido  
de tal incesto en lecho profanado?  
aunque no herencia igual, de sangre habido,  
ni todos heredaron su pecado,  
tú solo, el más injusto de la gente,  
eres del ciego Edipo descendiente.

»Tú el premio llevarás, pues por tu daño  
eres de su delito el heredero;  
yo ahora solamente pido el año  
debido a Polinice; mas ¿qué espero?»  
aquesto dijo, y con furor extraño  
desocupa la sala osado y fiero,

y dando voces, se partió volando,  
aquí y allí la gente atropellando.

No de otra suerte el jabalí cerdoso  
que de Diana castigó la ofensa,  
todo erizado, arremetió furioso  
contra el griego escuadrón con rabia inmensa,  
ya mostrando el colmillo riguroso,  
ya peñas arrancando en su defensa.  
y ya quebrando como frágil caña  
las plantas que en su orilla Aqueloo baña.

Éste se ve animoso, aquél huyendo  
del fiero jabalí por llano y sierra.  
ya deja a Telamón allí gimiendo,  
y aquí al bravo Ixión tiende en la tierra;  
al fin, a Meleagro arremetiendo,  
paró en su lanza y concluyó la guerra,  
pues abierto con ella el hombre fiero,  
humilló su cerviz al duro acero.

Con furia tal el calidonio deja  
temeroso al Senado, y cual si fuera  
suyo el cetro que pide, así se queja  
de que negado el reino se le hubiera,  
de olivo el ramo humilde de sí aleja,  
y de nuevo los pasos aligera,  
dejando los tejados y ventanas  
lentos de las atónitas tebanas.

Échanle rigurosas maldiciones  
y en su callado pecho temeroso  
al cielo dan las mismas peticiones  
contra el tirano injusto y ambicioso  
mas él, que para engaños y traiciones  
nunca tuvo el ingenio perezoso  
a cincuenta mancebos ha escogido,  
los que mejores en la guerra han sido.

Con dádivas aquél, y éste obligado  
con alguna promesa mal segura,  
obedece al injusto rey airado,  
que así su infancia y perdición procura:  
tantos contra uno solo se han armado,  
solo y embajador en noche oscura  
y el nombre ofenden, respetado tanto  
en todo el mundo religioso y santo.

¿Qué vileza no intenta el que es tirano,  
si el deseo de reinar le enciende el pecho?  
si en vez del mensajero, al mismo hermano  
tuviera en su poder, ¿qué hubiera hecho?  
¡oh grande ceguedad del hombre insano,  
que busca con infamia su provecho!  
pues su misma maldad, de temor llena  
es en su pecho rigurosa pena.

Cual campo que presenta la batalla  
a otro enemigo campo armado y fiero,  
o cual el que a batir va la muralla  
del que en el campo le huyó primero  
así, vestidos de menuda malla,  
contra uno solo sale un pueblo entero,

y aunque no al son de cajas alistados,  
en orden salen por la puerta armados.

¡Oh flor de aquella edad y el más valiente,  
pues tanta fama y crédito tuviste,  
que ves contra ti solo tanta gente,  
y de tantas espadas digno fuiste,  
sigue el camino, pues calladamente  
el escuadrón tebano en suerte triste,  
para ocupar el paso a toda priesa  
por el atajo de una selva espesa.

Para traición tan grande han escogido  
un valle algo de Tebas apartado,  
estrecho a las entradas y ceñido  
de un altísimo monte a cada lado,  
por cuya eterna sombra nunca ha sido  
del claro sol el valle visitado,  
y la selva obscurece al lugar tanto,  
que añade en él horror, miedo y espanto.

Parece que el lugar insidioso  
fue de Natura para engaños hecho,  
ciego, inútil, oculto y temeroso,  
sólo para asechanzas de provecho,  
a un lado el monte es áspero y fragoso,  
y entre sus peñas va un camino estrecho,  
debajo un campo llano y apacible  
a las faldas se ve del monte horrible.

Al otro lado un gran peñasco había,  
más áspero y más alto, en cuyo seno  
esfinge en otro tiempo estar solía,  
alado monstruo, fiero, de horror lleno;  
horrible el rostro y pálido tenía,  
la boca llena siempre de veneno,  
los ojos como brasas encendidas,  
y alas de sangre humedecidas.

De allí, sobre los huesos mal roídos  
de los que muertos en la cumbre estaban,  
miraba por los campos extendidos  
si algunos caminantes asomaban,  
o ya del hado por error traídos  
porque de animosos le buscaban  
queriendo con ingenio mal seguro  
vencerlo y desatar su enigma obscuro.

Y apenas al enigma obscuro y ciego  
el engañado huésped dado había  
no acertada respuesta, cuando luego  
pagaba al monstruo fiero su osadía;  
por los ojos echando vivo fuego  
con uñas y con dientes lo hería;  
o bajaba escapando de sus brazos,  
por las penas haciéndose pedazos.

Duró aquella crueldad hasta que vino  
Edipo con dichoso atrevimiento,  
y con sutil ingenio y peregrino  
desató su obscurísimo argumento  
y el monstruo, victorioso de continuo,  
sin usar de sus alas, al momento

se despeñó y sus huesos divididos  
quedaron por las peñas esparcidos.

Quedó todo el lugar inficionado,  
tanto, que no hay novillo que apetezca  
los pastos de aquel campo, ni ganado  
que sus hierbas odiosas no aborrezca;  
no las ninfas o faunos han osado  
hacer sus coros a la sombra fresca  
ni osan entrar en él algunas fieras,  
ni entran en él las aves carniceras.

A este infame lugar, en triste agüero,  
con secreto y silencio, a la ligera,  
el escuadrón llegó perecedero  
y al enemigo descuidado espera,  
cuál se arrima a una pica, y cuál ligero  
la vega corre, el campo y la ladera;  
coronan valle, monte y arboleda,  
y nada al fin desocupado queda.

Ya al Occidente el sol se retiraba,  
y de la noche el húmedo vestido  
sus sombras en la tierra derramaba,  
mojadas en las aguas del olvido;  
cuando, ya que a las selvas se acercaba,  
escuchó el calidonio algún ruido  
de armas que entre los árboles parecen,  
y al rayo de la luna resplandecen.

Pero no, aunque admirado se detiene,  
mas, porque algún peligro ya imagina,  
de dos dardos que lleva se previene,  
la espada tiente, y sin temor camina,  
y al fin, sin miedo, que ninguno tiene,  
ya que un poco a la selva se avecina.  
«¿Quién sois? -pregunta- ¿qué esperáis, soldados?  
¿por qué os escondéis, estando armados?»

Nadie de responder tuvo osadía;  
pero en aquel silencio sospechoso  
vido la paz segura que podía  
esperar de un tirano cauteloso  
en esto el fiero Cromio, que venía  
por capitán del escuadrón furioso,  
puso en el arco una ligera punta  
y el un extremo con el otro junta.

La flecha vuela, pero no ha podido  
alcanzar el efecto deseado,  
que Fortuna, que suele al atrevido  
dar favor, esta vez se lo ha negado  
al pellejo del puerco que vestido  
llevaba, el hombro izquierdo le ha pasado,  
y rayendo la carne al fin la flecha,  
a herir en un tronco fue derecha.

Al punto, con furor de inmortal ira,  
fuego de enojo en sus entrañas arde,  
aquí y allí descolorido mira  
por ver de cuántos o de quien se guarde;  
con rabia gime y con dolor suspira,  
y sin saber que el escuadrón cobarde

de tantos juntos es, verlo desea,  
y erizado el cabello así vocea:

«¿Qué os acobarda tanto o qué os detiene?  
mostrad ya el rostro infame descubierto,  
salid: que nadie en mi defensa viene;  
sólo espero; salid en campo abierto,  
cual suele cuando ya en el monte tiene:  
puesta la red el cazador experto  
que salen de su voz amedrentadas  
de aquí, de allí las fieras a manadas;

Tal a su voz el escuadrón tebano  
el valle desocupa y la espesura,  
resplandeció con armas todo el llano,  
y el peso estremeció la tierra dura,  
turbado en ver que con armada mano  
de tantos es el escuadrón, procura  
por herirlo más bien y asegurarse  
al peñasco de Esfinge retirarse.

Rompe con pies y manos, atrevido,  
los matorrales, de aspereza llenos,  
no de sus enemigos bien seguido,  
que pocos son allí sin alas buenos;  
y sobre un peñón alto se ha subido,  
que las espaldas le asegura al menos,  
desde donde más bien y sin trabajo  
puede ofender a los que están debajo.

Una peña de esotras arrancada,  
de tanto peso, que difícilmente  
pudiera por lo llano ser llevada  
por el par de novillos más valiente,  
sobre sus fuertes hombros levantada,  
adonde más espesa ve la gente,  
con tal furia arrojó, que no ofendiera  
tanto si un muro encima se cayera.

Cual el vaso que Folo tiró un día  
a los lapitas, bárbaros airados,  
tal, y con más vigor bajar se vía  
la peña a los tebanos admirados;  
deja deshechos en la tierra fría  
pechos de hierro duro en vano armados,  
escudos, brazos, piernas y cabezas  
ya divididos en menudas piezas.

Debajo de la peña padecieron  
cuatro, que allí enterró su desventura,  
aunque por su virtud y sangre fueron  
dignos de más honrada sepultura;  
Dorilo fue y Terón, que descendieron  
de aquellos que parió la Tierra dura  
cuando sirvió en sus surcos de simiente  
aquel de Cadmo serpentino diente.

Halis, que el más famoso en Tebas era  
domador de caballos, fue el tercero  
que quiso la fortuna que a pie muera,  
si anduvo siempre en corredor ligero;  
y el cuarto cual si fuera blanda cera  
que en la tierra selló el peñasco fiero,

Fédimo es de Penteo descendiente,  
que heredó la desgracia del pariente.

Con escarmiento y con temor helados,  
apagado el furor la sangre fría  
huyen del escuadrón los más osados  
con nunca imaginada cobardía;  
viéndolos divididos y apartados,  
tirándoles dos dardos que tenía,  
los hizo contra dos volar de suerte  
que le sirvieron de alas a la muerte.

Y viendo en la empezada infame guerra  
no tan espeso el escuadrón tebano,  
el gran peñasco y la fragosa sierra  
desocupa de un salto y baja al llano,  
donde el famoso escudo vio en la tierra  
que al ya muerto Terón armaba en vano  
que, arrojado o rodando por ventura,  
pudo escaparse de la peña dura.

Embrazólo, y así con él se vía  
de todo punto armado y más seguro,  
pues ya el pecho y espaldas le cubría  
del fiero jabalí el despojo duro.  
Vuelve a hacer la gente que huía,  
cerrándose de nuevo un fuerte muro,  
y viendo el temor que la acobarda,  
afirma el pie y al enemigo aguarda.

Saca la espada al punto el gran Tideo,  
que tinta en sangre de histones era,  
que en premio ofreció Marte al fuerte Eneo  
cuando triunfó de aquella gente fiera,  
con ésta, que era igual a su deseo,  
embiste al escuadrón, que junto espera,  
y aquí y allí la esgrime tan ligero,  
que despedaza el más templado acero.

Tantos son, tan espesos y cerrados,  
que unos de otros impiden las heridas,  
y algunos, en los hierros arrojados  
de hermanos, pierden las amadas vidas;  
otros, ya por el suelo derribados,  
reciben daño en armas conocidas,  
y tal tiñó en la sangre del amigo  
la flecha que tiraba al enemigo.

Y él, con ajena sangre ya teñido,  
resiste a tantas armas invencible,  
lleno todo el escudo y el vestido  
de flechas, que le hacen más horrible,  
tal la gética Flegra, embravecido  
(si ya tal caso puede ser creíble)  
vio al inhumano y grande Briareo,  
armado contra el cielo, horrible y feo.

Ya Apolo con las flechas de su aljaba,  
ya con las suyas Delia el arco tiende,  
ya el escudo gorgonio, airada y brava,  
esgrime Palas, que la vista ofende,  
ya Marte el pino que teñido estaba  
en sangre de histones, y va enciende

Jove el suelo, cansándose Vulcano  
de darle tantos rayos a la mano.

Y con ver tanto rayo y tanto trueno,  
y a un tiempo tantas armas, le parece  
que es todo poco, y que su inmenso seno  
más armas y enemigos más merece;  
de furia igual el calidonio lleno  
a mil heridas el escudo ofrece,  
ya se retira un poco, y ya más fiero  
da nueva sangre al ya manchado acero.

Armas le da su escudo a su vestido  
con mil flechas y dardos enclavado,  
y ya arrancando alguno, ha sucedido  
que al propio dueño el hierro muerte ha dado;  
ya en mil partes también está herido,  
mas no ha sido algún hierro tan osado,  
que llegue a penetrar con su herida  
el secreto aposento de la vida.

Deíloco, que airado arremetía  
mortalmente herido va rodando:  
muere con él Fegeo, que venía  
con una gran segur amenazando:  
con un velador dardo mata a Gía,  
con otro a Licofonte, que sacando  
estaba agudas flechas de su aljaba,  
y el fuerte brazo en el pecho enclava.

Ya se buscan y cuentan temerosos,  
no con tanto furor y amor de guerra,  
viendo que los más fuertes y animosos  
muertos ocupan ya la dura tierra  
temen del escuadrón los más famosos,  
en cada pecho igual temor se encierra;  
solo Cromio, de Cadmo descendiente,  
tuvo valor para anular la gente.

Dicen que éste nació de una tebana,  
hermosísima ninfa, que preñada,  
estando ya a su parto muy cercana,  
a las fiestas de Baco fue llevada,  
y viendo el baile de la gente ufana,  
de esotras bacanales incitada,  
olvidada del vientre entró en el coro  
y asió, bailando, por el cuerno a un toro.

El por soltarse y ella de atrevida,  
porque no se le fuese porfiando,  
al fin del animal fue sacudida  
lejos en tierra, un grande golpe dando;  
y allí, no sin peligro de la vida,  
turbada, sin sentido y anhelando  
parió un infante en la desnuda tierra,  
que fue después famoso por la guerra.

Éste, pues, más que esotros animado,  
la cobardía de los suyos viendo,  
con el despojo de un león armado,  
y una nudosa lanza sacudiendo:  
«Volved -dice- volved con pecho osado,  
volved, que un hombre sólo os va siguiendo;

¿No hay honra ya? ¿No hay armas ya ni manos?  
¿a dónde vais, oh míseros tebanos?

»Que un hombre sólo victorioso sea  
de tan lucida y tan famosa gente,  
¿Quién en Argos habrá que se lo crea  
cuando su gloria y nuestra infamia cuente?  
no sin que el rostro el enemigo os vea  
volved a Tebas, oh Cidón valiente,  
oh noble Lampo ¿a aquesto acá venimos?  
¿es esto lo que al rey le prometimos?»

Así de cada cual el nombre invoca,  
cuando un dardo llegó, que en la espesura  
se cortó de Teumeso, y por la boca  
entró, lleno de muerte y amargura;  
en los dientes halló defensa poca  
y rompe el paladar la punta dura,  
de donde al fin la lengua desatada,  
perdida ya la voz en sangre nada.

Estábase aún en pie, y un mortal hielo  
del paladar al pecho descendiendo  
le hizo que midiese el duro suelo  
con la mordida lanza enmudeciendo.  
Levante por mi voz la fama el vuelo,  
pues no vosotros la perdéis muriendo,  
hijos de Tespio; que si puedo tanto,  
aunque muertos, tendréis vida en mi canto.

Perito el cuerpo de su hermano alzaba  
de la tierra, a la muerte ya cercano,  
con la derecha el lado sustentaba,  
y el flojo cuello con la izquierda mano,  
no se vio igual piedad; llorando lava  
el ya pálido rostro de su hermano,  
sin que el almete, aunque cerrado, impida  
a sus lágrimas tiernas la salida;

cuando llegó una lanza a su costado,  
y tan furiosa entró la dura punta,  
que pasando del uno al otro lado,  
el un hermano con el otro junta,  
con lazo más estrecho va abrazado,  
muere aquél, y la cara ya difunta  
parece que a su hermano está esperando,  
que al fin muere con él, así hablando:

»Dente, fiero enemigo, abrazos tales  
tus hijos, si los hados te los dieron.»  
con esto entrambos mueren, y así iguales  
en muerte son como en la vida fueron;  
de un vientre, de una edad, de unas señales,  
juntos, iguales en amor, crecieron  
con esperanza igual, y al fin la suerte  
también los hizo iguales en la muerte.

Huye Meneto con ligera planta  
del enemigo airado y victorioso,  
más cayó por estar de sangre tanta  
húmedo todo el suelo y resbaloso;  
sobre él el fiero vencedor levanta  
con una lanza el brazo riguroso,

y asiéndola con una y otra mano,  
así le ruega el mísero tebano:

»Perdona aquesta vida desdichada,  
detén por Dios la mano poderosa,  
por las estrellas y la sombra helada  
de aquesta noche, para ti dichosa,  
deja que esta victoria no esperada  
cuenta en Tebas mi lengua temerosa.  
donde luego, a pesar del rey infame,  
por las lenguas del vulgo se derrame.

»Así en la tierra caigan sin provecho  
las armas nuestras y jamás te hieran,  
y victorioso y sin herida el pecho  
vuelvas a los amigos que te esperan.»  
Dijo, mas él, inexorable hecho,  
cual si de piedra sus entrañas fueran,  
responde: «En vano, sin provecho y tarde  
derramas esas lágrimas, cobarde.

»Que tú al injusto rey, si no me engaño,  
mi cabeza también le prometiste  
mas fue promesa bárbara, fue engaño,  
pues a pagarlo con morir viniste.  
¿Que buscas dilaciones a tu daño?  
¿No ves que aquesta espada que hoy temiste  
mañana ha de volver con nueva guerra  
contra aquesta perjura, infame tierra?»

Así dijo; y del pecho ya teñida  
sacó la dura lanza, y en saliendo,  
la muerte helada entró por la herida,  
y él sigue a los demás, así diciendo:  
«Pensaste, gente infame, aborrecida,  
la obscuridad de aquesta noche viendo,  
que era de las de Baco deseada,  
y de tres a tres años celebrada.

»No penséis que de Cadmo son los juegos  
donde al son de lascivos atabales  
usáis incestos bárbaros y ciegos  
con vuestras propias madres bacanales;  
otros son, otras músicas y fuegos  
son los de estos funestos matorrales:  
no con hembras la guerra aquí se tiene,  
ni aquí con tirsos frágiles se viene.

»Otro furor es éste y otra guerra,  
hecha al son de instrumentos temerosos.  
Morid, infames, ocupad la tierra,  
o cobardes, o pocos y medrosos.»  
Esto diciendo, el llano, el valle y sierra  
discurre, no con pies tan presurosos,  
que, cansada la sangre ya en las venas,  
en ellos puede sustentarse apenas.

Ya con menos furor y menos brío  
la espada esgrime, y ya pesado hecho  
el escudo, de hierros no vacío,  
le hace ya más daño que provecho,  
y ya un helado y húmedo rocío  
cansancio añade al fatigado pecho,

y de sangre enemiga humedecido.  
del cabello a los pies está teñido.

Tal suele de Masilia entre el ganado,  
después que a su pastor con pie ligero  
ahuyentó, hallarse fatigado  
entre muertas ovejas león fiero,  
que, vencida la hambre y sosegado,  
menos hambriento y menos carnicero,  
no ya erizado el cuello, ni tan alta  
la cerviz coronada, a nadie asalta.

Párase en medio del ganado muerto  
anhelando, cansado y ya vencido  
de sus mismos manjares, y cubierto  
de la ya helada sangre que ha vertido;  
a nadie sigue va por el desierto,  
y en la secreta cueva al fin tendido,  
sin que el hambre a más furor lo llame,  
las blandas piernas con la lengua lame.

No con aquesto el vencedor contento,  
lleno de los despojos, bien quisiera  
volver a la ciudad, y que sangriento  
el rey y el pueblo atónito le viera;  
y cumpliera sin duda el fiero intento,  
si otro mejor consejo no le diera  
Palas, que, su cansancio conociendo,  
le sosegó el furor, así diciendo:

«Oh, descendiente del famoso Eneo,  
a quien ahora concedido habemos  
vencer a Tebas, y con tal trofeo  
la fama de tu sangre ennoblecemos,  
enfrena tu furor y tu deseo,  
que aun en el bien son malos los extremos;  
vuelve a Argos a contar tu gran victoria,  
baste ya tanto bien y tanta gloria.»

Ya todo el escuadrón de tanta gente  
que tan soberbio y confiado vino,  
muerto estaba, quedando solamente  
vivo Meonte, en Tebas adivino;  
bien el estrago y mortandad presente  
con tiempo adivinó, mas el destino  
no quiso que algún crédito tuviese,  
por más veces que al rey se lo dijese.

Aqueste, no cobarde o fugitivo,  
pues vivo a su pesar quedado había,  
perdona sólo el vencedor altivo,  
y a la ciudad, diciendo así, lo envía:  
«Oh tu, quienquiera que eres, a quien vivo  
verá la luz del venidero día,  
libre de mi furor a Tebas parte,  
y esto di al rey tebano de mi parte:

«Ciñe de foso tu ciudad, perjuro,  
todas sus puertas cierra diligente,  
armas busca, renueva el viejo muro,  
y junta sobre todo mucha gente;  
mira de sangre aqueste campo duro  
bañado por mi espada solamente,

y en este fiero estrago el tuyo advierte,  
que tal cual vine he de volver a verte.»

Pártese aquél, y luego el gran Tideo,  
a la tritonia diosa agradecido,  
del despojo levanta un gran trofeo,  
honor por sus favores merecido,  
de muertos un montón horrible y feo  
del espacioso campo ha recogido,  
y en él alegre sus hazañas mira,  
y viendo tanta mortandad se admira.

Estaba fuera de la selva obscura,  
en medio un campo, de otras apartada,  
una robusta encina, antigua y dura,  
ya de su mocedad muy olvidada,  
de no vista grandeza y espesura,  
espaciosa de ramos e intrincada,  
cuyos torcidos brazos a la alfombra  
hacen del verde campo eterna sombra.

De aquí cuelga por orden las espadas,  
trozos de lanza, yelmos, morriones,  
dardos, escudos, golas y celadas,  
arcos y aljabas llenas de arpones;  
y viendo así las ramas adornadas,  
y de armas y de cuerpos los montones,  
este, en honra de Palas, himno santo  
dice, y el valle escucha y calla en tanto:

«Guerrera diosa, ingenio peregrino,  
de tu gran padre al fin, y honra primera,  
que con semblante airado, aunque divino,  
en guerras eres poderosa y fiera,  
y a cuyo rostro el yelmo de oro fino  
añade horror y majestad severa,  
no menos que el gorgonio escudo fuerte,  
lleno de tanta sangre y tanta muerte.

»Tú, que entre las batallas, de horror llenas,  
cual Marte y cual Belona has encendido  
igual furor en las heladas venas  
de aquellos a quien has favorecido,  
esta ofrenda recibe, o ya de Atenas  
a ver aqueste estrago hayas venido,  
o de los coros del Itón aonio,  
o de tu antiguo líbico tritonio.

»Aquí sólo te ofrezco por trofeo  
tristes despojos, rotos y bañados  
en sangre de hombres; mas si al fin poseo  
los partaonios campos deseados,  
y a Pleurón, mi querida patria, veo  
no ya tan perseguido de los hados,

te haré un rico templo de obra bella,  
dorado todo, en el alcázar de ella;

»desde donde el Jonio proceloso  
y en medio de él la peregrina flota,  
alegre mires, golfo riguroso,  
que con cualquiera viento se alborota;  
y lo que por Alcides tan famoso

Aqueloo levantando el mar azota  
hasta donde su tórbida corriente  
baña a las cinco Equinadas la frente.

»De mis pasados los famosos hechos  
en él por orden se verán pintados,  
y los reyes vencidos y deshechos,  
bravos de rostro, al vivo retratados;  
en sus columnas y dorados techos  
armas y escudos se verán colgados,  
y algunos adquiridos por mi espada,  
a costa de mi sangre derramada.

»Las ricas armas que quitarle espero,  
con tu favor, de Tebas al tirano,  
aquí colgadas se verán primero,  
ganadas y ofrecidas por mi mano:  
y al fin, colgando el vencedor acero,  
ya en paz alegre descansando ufano,  
servirán en tus aras cien doncellas,  
de toda Calidonia las más bellas.

»Emplearán en tejer su hermosura,  
y no habrá tela alguna que no sea  
de color varia y varia de pintura  
donde su industria y tu poder se vea:  
sacerdotisa allí de edad madura.  
que ya segura honestidad posea  
tendrá de tus altares el gobierno,  
guardando el fuego velador eterno.

»Al fin en paz y en guerra, de contino  
de mí recibirás ofrenda rica,  
sin que se enoje por tu honor divino  
la bella diosa que a cazar se aplica.»  
dijo; y tomando de Argos el camino,  
pasa pueblos y campos, y publica  
por donde pasa la vecina guerra,  
tiembla debajo de sus pies la tierra.

#### **Variantes textuales del libro II**

(argumento) vence. Vuelve a Tebas y, alegre de su victoria, cuelga todos los despojos de una nave y canta *aAB* : vence a todos, quedando sólo Meonte, adivino, el cual lleva las nuevas a Tebas, y Tideo, alegre ... de una encina y canta *b* (*mutilado por corte de encuadernación a*)

6,2 soberana : soberano *abA*

12,2 el mar la sombra : ya nadando *a1*

12,3 nadando : por el mar *a1*

12,4 siempre más : la sombra *a1*

12,5 en un seno que forma : forma un seno que *a1*

12,6 tan altas olas quiebran de : donde quiebran las olas *a1*

12,7 parece, aunque el puerto : que aunque el .... Escila *a1*

13,7 y desde el medio : y en lo demás del *a1*

16,2 informe *AB* : triforme *ab*

17,2 mueve : vuela *a1*

18,6 vecino : cercano *a2 mg*

22,1 coros *bB* : coros *aA*

23,7 que discurren : discurrendo *a1*

34,3 la : y la *Gil*

39,3 humedeciendo : sacudiendo *a1*

39,8 resulado el : rosolado A : rosas cada *a Gil* : aljófara cada *b*  
 41,1 Jalaón AB : Talaón *ab*  
 47,3 Enalio : Evalio *a* (*por* Oebalios *Theb.* 2,264; cf. Ébalo)  
     52-57 *om. b*  
     58,2 padre : rey *a1b*  
     65,5 Abante : Avante *a*  
     67,1 entre AB : entra *ab*  
     77,7 pretendían : ya querían *a1*  
     79,1 había AB : habían *ab*  
     92,7 engañó : vengó *a1*  
     110,1 y sin ésto : sin aquesto *a1*  
 113,8 es grave pecho AB : es grave peso *a2b* : y pesa mucho *a1*  
     119,8 y a Eleusis deja : deja ya Eleusis *a1*  
 135,1 los hórridos campos que humedece : *repite* 134,1 *a*  
     135,5 te AB (falta 1) : que te *ab*  
     135,7 que yo, que : pues yo de *a1*  
     137,5 ha ya : haya *Gil*  
     139,1 libres son : son jamás *a1* : justos son *b*  
 143,8 gran piedad (falta 1) : grande impiedad *Gil*  
     145,3 y *bB* : yo *aA*  
     147,4 Igiôn (cf. Ixiôn)  
 159,8 breñas AB : peñas *a* -*medio cortado al encuadernar-* *b*  
 164,5 Cromio (*por la variante* Cromii *Theb.* 2,538; cf. Ctonio)  
     167,5 campo AB : monte *ab*  
     173,5 cuarto : otro *a1*  
     183,3 Egeo AB : Fegeo *ab*  
     184,2 furor : rigor *a1*  
     188,2 tan famosa : vitoriosa *a1*  
     188,6 a Tebas : *ilegible a1*  
     191,1 Perito (cf. Perifante 2,631)  
 194,1 Meneto (*por la variante* Menetum *Theb.* 2,644; cf. Menetes)  
     202,5 sosegado : so...segado *a1*  
     215,6 aquello : Aqueloo *a Gil*